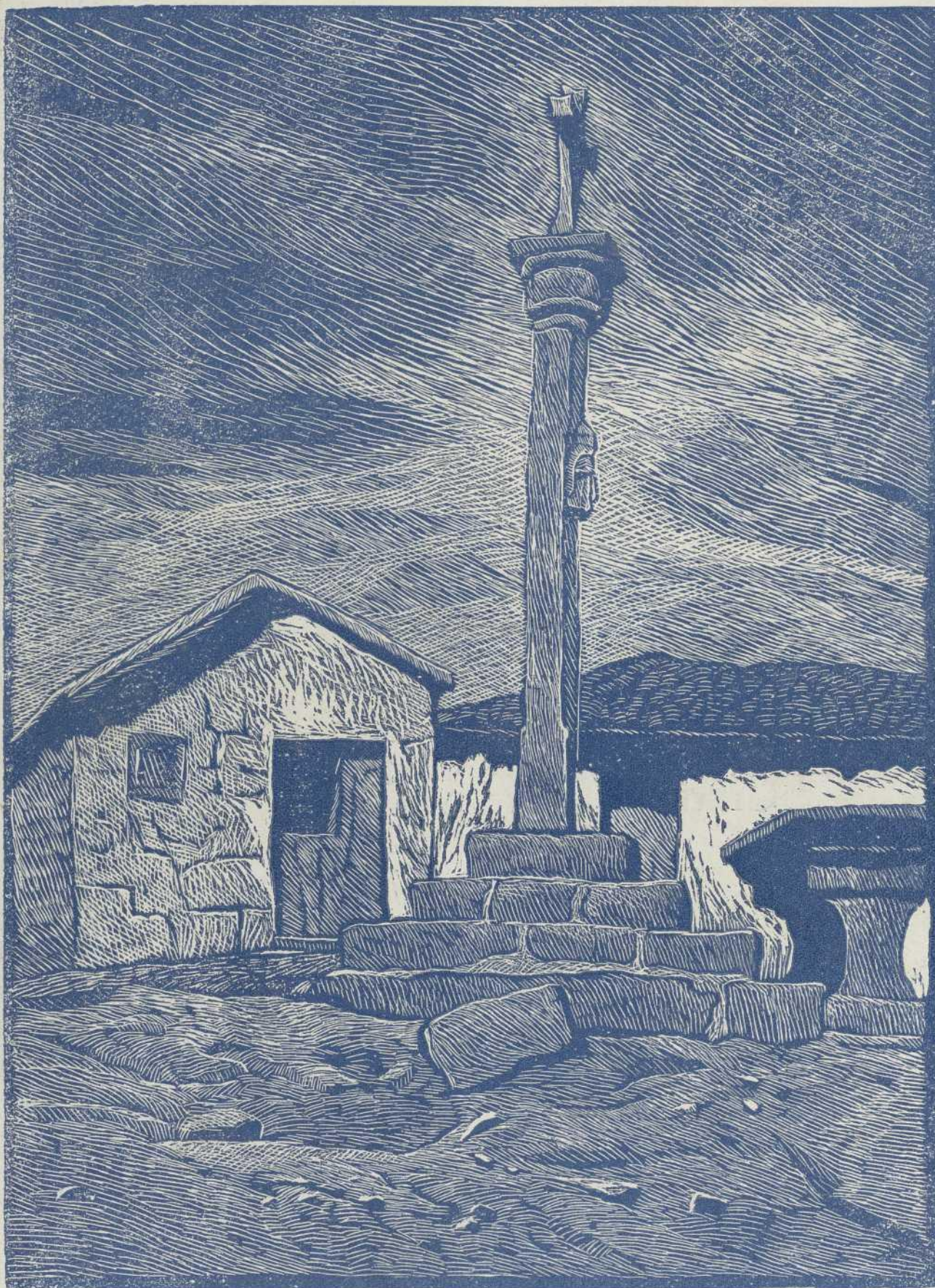


FINISTERRE

Revista de Galicia

AÑO III
NÚM. 20

ABRIL DE 1945



COMBARRO

por Pintos Fonseca

T E R M A S

DE

C U N T I S

(PONTEVEDRA)

**Balnearios de la Virgen
y El Castro**

**Reuma, Artritis, Neuralgias,
Ciática, Gota y Piel**

PROPIETARIO:

Marcial Campos García

FINISTERRE

Revista de Galicia

MENSUAL ILUSTRADA

Director-Propietario: EMILIO CANDA

Redactor-Jefe: CELSO DE CELA

Redacción y Administración: Joaquín Costa, 8 • Talleres "Gráficas Torres", D. Filiberto. 9. Tel. 202

PRIMER PLANO

EL Círculo Mercantil e Industrial de Santiago de Compostela, se dispone, en ocasión de las solemnidades religiosas y profanas del Día del Apóstol, a celebrar con desusada brillantez su anunciado Certamen Literario, del que será Reina la bella hija de Su Excelencia el Jefe del Estado,—y en cuya Corte de Amor figurarán representadas las cuatro provincias gallegas—, actuando de mantenedor, el ilustre poeta José M.^a Pemán.

Nos hallamos, pues, ante un verdadero acontecimiento artístico, que vendrá a mantener vivo el patrio amor en Galicia con los recuerdos de la edad pasada y el más exacto conocimiento de la presente. Lo que pudiera llamarse renacimiento provincial se ha debido en todas partes al cultivo literario del idioma, e igual suerte han tenido muchas veces la literatura y la representación política y social de las antiguas naciones, provincias de grandes imperios. El país de Gales, cuya desaparición como Estado independiente es muy remota; Hungría, el reino apostólico; Bretaña, el ducado cuya posesión ambicionó Francia, cuyos reyes solicitaron más de una vez la mano de sus soberanas para no perder tan rica presa; el condado de Tolosa, lleno de recuerdos gloriosos para la literatura..., de todos estos pueblos se puede asegurar que revivieron y adquirieron su verdadera importancia dentro de la unidad nacional, y el reino de San Esteban, su autonomía, desde que las lenguas se cultivaron bellamente y los recuerdos de su historia salieron de las viejas crónicas a los periódicos y de los museos a las Corporaciones académicas.

Lo que en Grecia el amor a las ciencias y a las artes hizo más tarde en Provenza la galantería; y la flor natural de plata o de oro no se ambicionó menos que las coronas de encina en Grecia y que las cívicas de los romanos. Los verdaderos Parlamentos, las Asambleas políticas iban decayendo en su importancia mientras que las llamadas *Cortes de Amor* aumentaban la suya todos los días. Llegó con la segunda mitad del siglo XIX el renacimiento de los juegos florales, cuya gloria corresponde al Mediodía de Francia y al Levante de nuestra Península, y Bonaparte, Wyse, Mistral y otros nos hicieron oír los cantos de la Edad Media en su propio idioma, logrando que el arte imitase con sus inspirados plectros la casi eternidad de las obras de la naturaleza.

No son menores las disposiciones que nuestras provincias del Norte presentan para la poesía; y los certámenes literarios y los juegos florales son el estímulo más eficaz para que aquéllas se manifiesten en todo su escondido esplendor.

Pero hay otra razón más profunda que nos impulsa a desear y aplaudir sin reservas este renacer de las Justas Literarias y de los Juegos Florales que en nuestra tierra han tenido en otrora un apogeo glorioso y una señera significación. Es la razón que impulsa todos nuestros actos: El predominio del Espíritu sobre la Materia. Porque si a los pueblos los mueven los poetas, nunca los pueblos necesitaron de la poesía como en esta hora inquietante del mundo. La guerra con su cortejo de calamidades sin cuento, animaliza a los pueblos y los sume en el más degradante materialismo. En la paz que sigue a las guerras, se plantea siempre una nueva batalla, terrible, transcendente, sorda, entre el Hombre y la Bestia, entre el Espíritu y la Materia.

Por la poesía—es decir, por lo espiritual—los hombres y los pueblos serán salvos.

Un poeta de la soledad antes del Romanticismo: El segundo Cura de Fruíme

«Esta es, Bazán, mi estrella:
Padecer y gemir: no la Fortuna
Acuso: una excesiva
Sensibilidad funda mi querella
Que en mi bien y en mi mal siempre importuna
Del propio bien me priva,
Mis gustos acibara,
Y en el seno del bien mi mal prepara.»

Así señala Don Antonio Francisco de Castro la determinante esencial de su carácter contestando al soneto en que el célebre Bazán de Mendoza ensalza a «Furmio»—como le llama arcadizando el genuino nombre de optimistas resonancias campesinas de su parroquia—con ocasión de su oda al duque de Aliaga.

Esta apelación a la sensibilidad antes de Pastor Díaz y en la línea de escritores—Torrado, los PP. Sarmiento y Feijóo, Cernadas de Castro...—de tónica desenfundada y prosaica en sus versos, en que se suele situar con demasiada prisa a D. Antonio Francisco de Castro, es de suyo bastante significativa al reflexionar sobre la época interesantísima de los orígenes de la Galicia moderna. Pero el melancólico amorador de los rayos del sol poniente en los bosques del paisaje de Santiago

«...en tanto centellea
La alta torre y la almena haciendo alarde
Entre las pardas sombras de la tarde.»

no alcanzó, no ya la popularidad, ni aun en la atención crítica el interés de su antecesor de los mismos segundo nombre y apellido aunque el marqués de Valmar, autoridad tan socorrida en juicios literarios sobre el siglo XVIII, le considere como artista superior a Cernadas.

El benemérito editor de las poesías castellanas del segundo Cura poeta de Fruíme le presenta como «hombre de constitución en sumo grado melancólica», amigo de la soledad y el estudio, pero no adusto ni lejano a la dulzura de la conversación y a los dones de la amistad: «...su producción amena, dulce y festiva en las pocas veces que se dejaba ver le hacían amable con los sujetos con quienes trataba y los que tenían ocasión de hablarle». De la lectura de sus versos se deducen con su culto y gusto por la amistad no pocas noticias de su biografía íntima. No cita a su patria, la aldea de San Mamed de los Angeles, antigua jurisdicción de Mesía, tierra verde y severa del Tambre que en sus cercanías se sorbe dos pequeños afluentes el Maruzo y el Samo, aguas arriba de la nombrada puente de Sigüevro, ni su curato de Fruíme cuya soledad no pudo resistir poniendo, con licencia del prelado, un teniente para servirlo, y acogiendo durante toda su vida a la grata habitación de Santiago. Brilló como estudiante de Humanidades y Bellas Artes y entre sus condiscípulos de los primeros años figura el célebre Don Pedro Acuña y Malvar, Prior de Sar, Maestrescuela de Santiago, ministro o secretario de el Despacho universal de Gracia y Justicia bajo la presidencia del conde de Aranda, varón muy discutido al que dedica interesantes páginas y notas el Sr. Deán de Santiago, D. Salustiano Portela Pazos, en su erudito «Decanología de la S. A. M. Catedral de Santiago», recientemente publicado. Leyendo la lápida sepulcral del Sr. Acuña, en el claustro de la basilica compostelana, viene a la memoria su vida (nacido en San Martín de Salcedo en 1755 murió en Madrid en 1814) agitada de patriota en el alzamiento de Galicia contra los franceses, su pompa de prócer letrado, amigo de las

artes, de la autoridad, la política, los viajes y las altas relaciones, en contraste con la existencia tranquila de D. Antonio Francisco de Castro, de quien solo pudo haber sido condiscípulo en los primeros estudios de Artes, pues consta que el Prior de Sar hizo los mayores en Salamanca y allí se graduó. A D. Pedro Acuña dedica una oda en fáciles versos de arte menor con ocasión de venir aquél a restablecer su salud en Galicia, implora para el mismo en un himno la protección del Apóstol, y le alude en la «canción de un afligido a un roble» composición que señala una época en la vida interior y en la cronología de los poemas del autor. En el citado himno asoma el carácter pacífico de D. Antonio Francisco pues en momentos de exaltación nacional contra la Revolución francesa se dirige al Apóstol diciendo:

«No es mi ruego que corte
Tu fulminante espada
Laureles que se riegan
Con sangre de los hombres derramada.»

y celebrando los bienes de la paz.

Vivió nuestro poeta bajo los pontificados de D. Bartolomé de Rajoy y Losada, D. Francisco Alejandro Bocanegra, D. Fray Sebastián Malvar y Pinto, D. Felipe Fernández Vallejo, D. Rafael de Múzquiz y Aldunate y sin duda alcanzó los primeros tiempos de Fray Rafael Vélez, pues hay recuerdos del segundo Cura de Fruíme en los días siguientes a la vacante de Múzquiz. El señor Rajoy le dió el curato con la frase tan conocida «vaya un cura poeta a sustituir a otro» refiriéndose a D. Diego Antonio Cernadas de Castro que murió el 30 de Marzo de 1777. No aparecen en las poesías de D. Antonio Francisco los nombres de Rajoy ni de los ilustres varones, como Páramo y Somoza, de su tiempo. Celebra a Malvar en dos composiciones, una con motivo del camino abierto de Santiago a Pontevedra y otra en ocasión de sus días, y a Múzquiz, el prelado de los días terribles de la Independencia, alaba y pinta encomiásticamente en una canción en «acción de gracias por los singulares beneficios que dispensa a sus hijas las Religiosas de la Enseñanza». El Sr. López Ferreiro coloca la reedificación del convento hacia el año 1819, poco menos de dos años antes del fallecimiento de Múzquiz (11 de Mayo de 1821). Por la colocación de la poesía citada, entre las obras del autor en que se sigue un cierto orden cronológico y la falta de alusiones a los trabajos padecidos por el Arzobispo en los días de la guerra, es de creer que D. Antonio Francisco se refiera a anteriores beneficios a las religiosas de la Enseñanza y sus alumnas. Pide para el Sr. Múzquiz los años de Néstor y todas las posibles dignidades, hasta la tiara pontificia; le presenta magnífico, liberal, piadoso, superior al siglo

«...y a las luces engañosas
De una baja y carnal Filosofía»,

encumbrado por una «luminosa y profunda Teología» contra el Jansenismo,

«..... que destruye
La esperanza y la fé a un tiempo mismo,
Que cerrojos de bronce pone al cielo.»

Otras poesías dedica a Bazán de Mendoza, a la virtuosa señora ferrolana D.^a María Eulate, al duque de Aliaga, al de Veragua, a D. Juan Felipe Osorio, a doña María Valderrama, a D.^a Ramona Varela y Sarmiento y algunas otras damas que no nombra y pueden ser simi-

bolos de la piedad o del amor. El curso de las ideas de D. Antonio Francisco puede seguirse según las circunstancias históricas desde la oda al duque de Aliaga, a través de las composiciones «Galicia libre del yugo francés», con el panegírico del marqués de La Romana y la «Canción a la nación inglesa» hasta la dedicada a la «Ecsaltación del Rey al Trono» que tiene por «ritornello»:

«Reinar con despotismo
No es gusto de Fernando
Que sólo quiere el mando
En nuestro corazón.»

Entre los lugares en que se acentúa el acendrado «fisiocratismo» del autor baste señalar la oda al canónigo D. Pedro Sánchez, conocido por sus desvelos y escritos a favor de la agricultura e industria de Galicia (véase «Colección de los escritos de D. Pedro Antonio Sánchez, canónigo de la Santa Iglesia de Santiago». Madrid, 1858) «a nombre de los labradores de Galicia... por Isidro del Campo». Dos veces (nótese el título de la segunda: «Otra traducción en distinto metro y más digna del héroe») vierte los dísticos del mismo D. Pedro Antonio Sánchez: «Subversa Italia, Venetis, Melita que feroce,—Indis Ægipto tela necemque parat» esta sobre el destino del Bonaparte en Egipto después de Abu-Kir. El Bonaparte joven de la expedición a Oriente, un héroe revestido de un prestigio clásico, el preferentemente admirado por Stendhal, el celebrado en la sinfonía beethoveniana inspiraba una admiración nueva en la época que podemos llamar del último rococó. También el sabio y discreto Deán de Orense, Bedoya, comentó y glosó el fino alarde latino de D. Pedro Antonio que por cierto no figura en la colección de sus escritos.

En 1792, según nota del editor, se despidió de la poesía colgando su lira del roble simbólico de la «Canción de un afligido». En 1800 oyendo tocar el clave a D.^a Mariquita Hermida y Marín cesó aquel destierro «super flumina babiloniis». Lo que no pudieron, dice el poeta, la ambición de gloria o de provecho, el amor, ni el paisaje, lo consiguió la música. He aquí un rasgo dieciochesco:

«Veniste tú a Galicia,
Oíste yo por suerte,
Corrí buscando al bosque
Mi lira confidente.»

Imaginamos aires de Metastasio o de Mozart despertando a D. Antonio Francisco de sus «trabajos y melancolía».

Vivió casi siempre en Santiago, recorriendo los bosques y praderas del contorno pero en los días de mayor furia de la invasión francesa le encontramos en los alrededores de Pontevedra, a la sombra del monte Acibal que cita en dos poesías, la segunda escrita o pensada el 29 de Abril de 1809 y dedicada a un rui señor «que estaba cantando toda una mañana en medio de la gritería y confusión de las aldeas del contorno que los franceses saqueaban, talaban y quemaban con la mayor crueldad». Las causas que le obligaron a dejar Santiago fueron sin duda menos que su amistad con Bazán ahora convertido en enemigo, la intervención muy activa del poeta en la preparación de la defensa de Galicia en puestos conocidos y de responsabilidad. Pues la vida del segundo Cura de Fruíme no fué tan retirada como dice su editor y transparentan los propios versos. Basta recordar algunas páginas del Sr. López Ferreiro en la «Historia de la Iglesia compostelana». En la Junta de Defensa y Armamento constituida en Santiago la noche del 30 de Mayo de 1808 bajo la presidencia del Arzobispo y en la que figuraba Francisco Ferro Caaveiro, aparece el Cura de Fruíme. En las luchas y contradicciones sufridas con la Junta de La Coruña se trató duramente a los representantes eclesiásticos de Santiago. «Con el Cura de Fruíme», dice el Sr. López Ferreiro, «se empleó mayor severidad pues se le condenó a dos meses de

reclusión en el convento de Erbón». En el mismo convento vivieron confinados andando el tiempo D. Pedro de Acuña y Muñoz Torrero, el presidente de las Cortes de Cádiz. D. Antonio Francisco debió cumplir su reclusión, si la cumplió, en el verano final y otoño. En 7 de Enero de 1809 cuando ya asomaban los franceses por Galicia persiguiendo a Moore, asiste a otra reunión de la Junta de Santiago. Doce años después aparece el Cura de Fruíme durante la segunda época constitucional envuelto (Abril de 1821) en el destierro a Canarias con que el arbitrario Jefe político de Galicia D. José M.^a Puente, castigó a un grupo de significadas personas eclesiásticas y seglares de Santiago, con el pretexto de una conspiración absolutista. Los desterrados en número de 48 después de sufrir vejaciones en La Coruña fueron embarcados el 9 de Mayo en el bergantín «Hermosa Rita». En Septiembre volvieron de Tenerife demostrada ante el Gobierno la arbitrariedad del castigo. Esta es la última noticia que en la limitación actual de nuestras informaciones recogemos sobre D. Antonio Francisco de Castro, sin perder la esperanza de algún día y con mayores medios dedicar un estudio lo más completo posible a su vida y más que a su vida al espíritu que anima sus poesías.

No son éstas geniales, ni nuevas, ni perfectas en su factura artística. De un examen superficial resultaría el segundo Cura de Fruíme un regular—y no es tan poco mérito dados los tiempos—Melendez compostelano o gallego. A la entrada del invierno en la poesía «a una selva muy querida y frecuentada por el autor» celebra:

«Al dulce Anacreonte, al alto Homero,
Al sonoro Virgilio, al cuerdo Horacio,
Al Petrarca y al Taso,
A Villegas, Melendez y Cienfuegos,
Y al malogrado y tierno Garcilaso.»

Notemos el amor a la «selva» y la predilección por el otoño. No bastan para señalar una originalidad de posición y sentimiento y en conjunto en muchas relaciones nuestro autor se enlace con el vago sentimentalismo y la factura neoclásica de los poetas de los grupos salmantino y sevillano sin la amplitud severa del desarrollo y la calma luminosidad helénica de Arjona, el sentimiento de la naturaleza virginal de Reynoso, la excelencia verbal de casi todos aquellos maestros de la estrofa ni tampoco el nervio de Quintana. Pero en Galicia, aun considerado en sólo éste respecto, D. Antonio Francisco de Castro es una novedad. Compárese no sólo con los anteriores sino con los contemporáneos y siguientes como el deán de Orense, no gallego, D. Juan Manuel de Bedoya, sólo inspirado en sus paráfrasis bíblicas y con autores como el lamentable D. Joaquín Guerrero que publicó en 1820 en La Coruña unas «Poesías» en volumen de lo que hoy se llama «gran papel» en las tertulias de las librerías de viejo. D. Antonio Francisco vivió las solemnes postrimerías del antiguo régimen bajo ilustres arzobispos constructores y alcanzó los días críticos de profundo interés de los intelectuales y petímetros afrancesados, como después al reinstaurarse las formas antiguas el comienzo de un período ilustre y poco apreciado de los estudios en Santiago. Señalaremos algunos rasgos de la vida y agitaciones espirituales de Galicia.

En el pontificado de Malvar recoge Galicia el célebre Fray Diego de Cádiz contra el que choca Freyre Castrillón al que contesta el fraile sometiéndose al juicio «de una Universidad no tocada por las novedades del tiempo». En efecto en la Universidad ardía el foco que después, variada su posición y opiniones, combatió con ardor Freyre Castrillón. El tema apasionante era el «cuarto de los prohibidos» de la biblioteca organizada por el ilustre Dr. Valle Inclán. El inquisidor Cubero quiso cerrarlo, pero en la competencia suscitada venció el gremio universitario. En el grupo de los afrancesados de Santiago figuran D. José Pedrosa Montenegro y

Aguilar, catedrático de Jurisprudencia y ex-rector de Fonseca, Bazán de Mendoza, González Patiño, Fontán, Bedoya, Junquera, Sobrino y Camiña. Bien conocida es la actuación de Bazán, el único del grupo que aparece como amigo del Cura de Fruime. González Patiño, sacerdote, redactor de la «Gaceta Marcial» y del «Diario» vestía de «pisaverde» con su frac, capote y alto bastón, leía a Locke y según las acusaciones del canónigo y rector de Fonseca D. Francisco de Cabrera y del abad de la Colegial de Bayona, Corral, negaba a la Teología su carácter de ciencia. Las persecuciones del 1814 y años siguientes alcanzaron como es sabido a Patiño y a Fontán y aun respecto de éste insigne maestro y geógrafo se ha escrito que para consolarse de sus disgustos políticos se dedicó a la composición de la Carta Geométrica de Galicia cuyo centenario se celebra este año de 1945. El segundo Cura de Fruime alcanzó al Dr. Domingo Cortés, profesor de Cánones, explicando «peripatético modo» bajo las frondas del bosque de San Lorenzo tan amadas por nuestro poeta, al célebre Doctor Camiña con su Física experimental, a otros jóvenes de gran porvenir como Lasagra, Casiano del Prado y pudo conocer muy joven a un estudiante de Filosofía, después de Medicina en Madrid, el luego famoso Varela de Montes. Vivió en el Santiago post-barroco, neoclásico, mejor en algunos de sus aspectos esenciales «rococó». Pudiera el segundo Cura de Fruime ser considerado como una réplica poética de la fachada del Palacio de Rajoy y la estatuaría de Felipe de Castro, como el vate familiar de los grandes linajes y prelados y un eglógico que poblando de genios los bosques quiere hacer del paisaje de Compostela un templo de las Musas a lo Zurguén de Salamanca.

Con la diferencia, no leve, de que D. Antonio Francisco nombra y precisa montañas y fondos de paisaje, queriendo individualizarlos lo que es un tema ya moderno. Su tristeza, su excesiva sensibilidad que él mismo reconoce, no se encierra en formas académicas y eglógicas. Es más honda y aunque no llega a las últimas consecuencias aprisionado en resonancias estróficas y en ambientes consagrados, señala un rumbo de cuya novedad no se daría, seguramente, cuenta. Fijemos en dos poemas, en nuestro sentir los mejores de la colección: «El melancólico a su amada selva restablecida de los rigores del invierno» y la antes citada «En la entrada del invierno». Pudieran agregarse «La mañana en el campo» pese a ciertos prosaismos pues en sus estancias brillan certeras gradaciones de luz matinal y responden las armonías de la naturaleza sentidas con una que pudiéramos llamar sinceridad y pureza académicas. ¿Cuál era la «selva» amada del poeta? Se piensa en el bosque de San Lorenzo y su soledad, santuario del dolor de Rosalía. En todo caso desde el «souto de Crecente» y las orillas del Sar exaltadas en la conmovedora lejanía poética—más próxima a nuestra sensibilidad que las pompas neoclásicas de ayer—el paisaje de Compostela permanece poéticamente ignorado hasta el segundo Fruime. Estorba un poco Flora en la vivencia primaveral del «Melancólico» mas el conjunto es noble e íntimo y el sentimiento esencial se expresa con realidad penetrante:

«Sobre todo te ruego que me ocultes
De este mundo traidor, allá en el fondo
Más espeso de tu recinto umbrío:
Allí donde la sombra es más oscura.»

El poema «En la entrada del invierno» corre con más vida y una lírica y cósmica sensación del tiempo, se individualizan los símbolos de la vegetación,

«Mi pecho agradecido
Lleva dentro de sí la imagen tuya,
Desde el álamo erguido
Hasta el menor arbusto y débil yerba:
Desde el roble soberbio y alto pino
Hasta el humilde sauce: se conserva
El aliso pomposo en mi memoria

Y el arrastrado anonis:
La retama y el tojo a par del alto
Y fragante laurel desvanecido.»

Santiago volvía al descubrimiento y emoción del paisaje. Casiano del Prado encerrado en Diciembre de 1817 en el calabozo n.º 5 de la Inquisición «apartado de la naturaleza» escribía después «cantaba con mi ronca voz las letrillas de Melendez y las árias de Metastasio». En los poemas mencionados de D. Antonio Francisco hay una anticipación del álamo preferido por Aurelio Aguirre en el bosque de San Lorenzo, el recordado en una inolvidable página de «Los Precursores» de Murguía, la que comienza: «Por aquel viejo camino de San Lorenzo mal empedrado, solitario y lleno de plantas silvestres una mañana del mes de Julio bajábamos Aurelio y yo...» La comparación no puede sostenerse. Es que «algo» ha ocurrido, indefinible y poderoso hasta renovar las fibras más íntimas del sentimiento. Pero el más cercano precursor es el Cura de Fruime.

A veces produce la impresión de un prisionero al que le falta el genio para libertarse de la opresión de la estrofa estéril, la imagen gastada, el indispensable adjetivo y tal vez le hizo triste la fatal conciencia de su sometimiento. Otros grupos y series de poesías festivas, algunas vulgares e incongruentes con su gusto, no caben en los límites de estas cuartillas como tampoco el estudio del poeta como traductor de Horacio («Parcus deorum cultor», «Integer vitae», «Sic te diva potens», «Beatus ille» inmortalizado en gallego por García Mosquera y la semi traducción, semi glosa del «Intactis opulenti»). Aparte de la muy citada cántiga de «Noiteboa» los poemas de D. Antonio Francisco de Castro son poco conocidos por lo tardío de su edición y la rareza de sus ejemplares. Los publicó bajo el epígrafe, que no figura en la portada, de «Las Musas en Galicia» el impresor orensano D. Juan M. de Pazos en 1841 con la extraña advertencia de «edición inédita» precedidos de un breve y bello prólogo y la indicación de que sigue el orden en que estaban manuscritas. Las dedica, explicando se las debe a un amigo, a la Academia Literaria de la ciudad de Santiago.

Esta Academia era la que celebraba sus reuniones en el vacío monasterio de San Martín Pinario desde 1840. Por los salones del sonoro edificio y sus claustros más grandes por el abandono, donde en los últimos días de Abril de 1846 fué abatido el movimiento iniciado pocas semanas antes por D. Miguel Solís en Lugo, desfilaron tipos contradictorios desde el humanista tradicional al romántico inadaptado, oradores de inflamado verbo, temperamentos solitarios y reflexivos, futuros grandes escritores y genuinos ciudadanos de la Bohemia de los artistas. Los nombres de José M.ª Posada, José M.ª Gil, Cociña, Posada, los Rúa Figueroa, el clérigo Carracido, Díaz de Robles, figuran al lado de los más brillantes de Añón, Antolín Faraldo, Camino y el ilustre Neira de Mosquera, un guía de juventudes y anhelos.

A ninguna otra Institución podía haber dedicado el editor benemérito de Orense los poemas del inspirado solitario, salvándolos del total olvido, del espíritu sensible, aun no sentimental, que en una canción «Al sol en el ocaso» con el lema virgiliano de una íntima gradación de luz y són penetrado, «Sol ruit interea, et montes umbrantur opaci» escribe en una nota: «Esta canción fué compuesta en medio del silencio de una selva, en donde el autor pasa la mayor parte de las tardes y en donde puede observar que es una vista muy agradable y encantadora cuando al ponerse el sol se introducen sus rayos horizontalmente en lo interior de los bosques, corriendo por entre los troncos de los árboles y llenando lo más oculto y sombrío de la selva de una luz mansa y serena.»

SANTIAGO AMARAL.

(Especial para FINISTERRE).

GALICIA en la Filatelia Nacional

Por MARIO BLANCO FUENTES

EN el transcurso de casi un siglo en que se emiten sellos de Correos en nuestra Patria —el primero fué emitido el año 1850— nunca se hizo en ellos mención, ni remota, de nuestra Región. Bien es verdad, que hasta época moderna no aparece el sello pictórico— se llama así el sello que reproduce una vista de un paisaje, edificio, monumento, flora y fauna, etc.,— pues los primeros de este tipo salen el año 1920 y en la emisión que se hizo para conmemorar el VII Congreso Postal Universal celebrado en Madrid, sellos en que aparece el Palacio de Comunicaciones de dicha capital. Hasta esa fecha los sellos de España habían reproducido la efigie de nuestros Monarcas, y figuras alegóricas de España, así como el Escudo Nacional.

Más tarde y en el año 1929 y con motivo de las Exposiciones de Barcelona y Sevilla se emiten sellos con vistas de estas dos capitales. En emisiones posteriores, Cataluña es recordada en los conmemorativos del Noveno Centenario de la fundación del Monasterio de Montserrat. Cuenca, Segovia y Toledo con sendos sellos de vistas, en la primera emisión de la República en el año 1931; Granada, Córdoba y Toledo en los conmemorativos del Tercer Congreso Postal Panamericano. Toledo vuelve a ser recordado en una escena de «Peribáñez» en los conmemorativos del Tercer Centenario de la muerte de Lope de Vega, emitidos el año 1935. Pero nada de Galicia, salvo un honroso recuerdo en los sellos con la efigie de nuestra insigne Concepción Arenal y otro conmemorativo del Tercer Centenario de la muerte de nuestro escultor Gregorio Hernández, sello que por haber salido tarde fué usado en zona roja durante el año 37.

En la emisión de la Junta de Defensa Nacional de 1936-37 aparecen vistas de la catedral de Burgos, Sevilla, Universidad de Salamanca, el Pilar de Zaragoza, Castillo de San Francisco Javier en Navarra, Patio de los Leones de la Alhambra, Mezquita de Córdoba y por tercera vez la Puerta de Alcántara con el Alcázar toledano al fondo. Pero ni en ese momento, en que Galicia contribuía con todo su esfuerzo a la Cruzada Nacional, se acordaron de nosotros.

1937. Año Santo en guerra. Santiago atrae en estos momentos las ansias de toda España y para conmemorar este año se hace una emisión de tres sellos con motivos compostelanos únicamente y la leyenda: «Año Jubilar Compostelano». Uno de 15 céntimos color moreno con la imagen sedente y pétrea del Apóstol que está en el Altar Mayor de la Catedral. El de 30 céntimos color rojo-carmin con la fotografía de la fachada del «Obraidoiro» y los símbolos compostelanos: la Cruz de Santiago y la «vieira» del peregrino. El grabador de es sello se «coló» un poco al hacerlo, pues prolonga más de lo

debido hacia la izquierda —quizá buscando el efecto estético— «la horrenda galería moderna tan pintada» como la llama Emiliano M. Aguilera (1) a la galería del Palacio Arzobispal, adosada por ese lado a la dicha fachada. Y no esta la única «coladura» sino que también coloca la «Berenguela» (torre del reloj) en el grabado, lo cual no es posible desde el punto en que se sitúa para tomar la vista. El de una peseta, con marco azul que encuadra el Pórtico de la Gloria, pórtico que, debido al reducido tamaño del sello y a su deficiente grabado da una idea muy pobre de su grandiosidad.



*Sellos del Año Jubilar Compostelano.
1937.*

Y llegamos al año 43 que podemos llamar el año cumbre de Galicia en la Filatelia Nacional. Conmemorando la traslación de los restos del Apóstol, se hace una emisión de nuevos sellos, todos relativos al Patrón de las Españas y de la ciudad donde reposan sus venerandas cenizas, emisión que estuvo en vigencia hasta el final del año pasado. Se hizo la emisión en tres series de tres sellos cada una: de 20 céntimos, de 40 y de 75 cts. y que fueron saliendo a la venta paulatinamente en toda la Nación. Llevan todos, menos el primero en que falta el año, la leyenda: «Año Santo 1943».

También éstos y como los del 37 tienen errores de bulto, están pesimamente hechos y son feos, máxime teniendo en cuenta que nuestra Fábrica Nacional de Moneda y Timbre ya nos había acostumbrado a producir sellos intachables.

En la primera serie el de 20 céntimos color azul reproduce la imagen del Apóstol Santiago, llamada «del Diente», regalo francés hecho a la catedral de Santiago en el siglo XIII y que se guarda en la Capilla de las Reliquias. El de 40 céntimos color castaño con la imagen

sedente del Apóstol del Altar Mayor, que ya apareció en el sello de 15 céntimos de la emisión del 37. El de 75 céntimos azul claro, uno de los más originales: reproduce el «botafumeiro» muy bien grabado, salvo la humareda que de él sale, más propia de un lanzallamas que que de un incensario, por grande que éste sea. A la izquierda y haciendo marco, se ve la parte superior del fuste de la maravillosa columna historiada con la genealogía de Jesús, del portaluz del Pórtico de la Gloria.



Año Santo 1943.—Primera Serie

De la segunda serie el de 20 céntimos color rosa reproduce el capitel iconográfico de la columna exterior de la jamba izquierda del arco izquierdo del Pórtico de la Gloria, capitel que está adosado a la pared y que no es de los más conocidos entre la grande variedad que de ellos hay en la catedral. No sabemos qué habrá guiado al grabador para elegir éste y no otro de los más conocidos. Quizá la idea de que en esta maravilla nada es desaprovechable. Este sello sería casi perfecto si se hubiese despegado el fondo y se hiciese resaltar más el capitel. El de 40 céntimos color verde con la noble cabeza barbada del Santiago del parteluz del Pórtico de la Gloria, enmarcado por un fondo de una humilde portada románica como vemos en muchas de nuestras iglesias románicas rurales. El de 75 céntimos azul oscuro reproduciendo el capitel que corona la columna historiada del parteluz, y que sirve a su vez de base a la imagen de Santiago cuya cabeza aparece en el sello anterior. Representa este capitel a la Santísima Trinidad y está felizmente logrado el dibujo aunque un poco ahogado por el recuadro dando poca idea de ser un capitel, que en este caso es uno de los más hermosos que salieron de manos del maestro Mateo. No hemos de confundirlo con el que más arriba y en el mismo pilar sirve de apoyo a los dinteles del tímpano.



Año Santo 1943.—Segunda Serie

En la serie tercera el de 20 céntimos color violeta es uno de los mejores. Nos muestra la urna de plata en

que se guardan las cenizas del hijo del Trueno. Es sello perfecto, salvo el color poco serio. El de 40 céntimos color castaño con la Puerta Santa. En este sello es donde el grabador ha sufrido el mayor error de toda la emisión. Bien lograda la Puerta, aunque lo diminuto del dibujo solamente da una idea del conjunto. Pero en la balaustrada que corre por la cima de la Puerta se ha olvidado el grabador de los hitos piramidales que tanto carácter dan en el exterior, a la cabecera de la catedral y además pone un fondo de nubes, cosa absolutamente imposible en la realidad, ya que, tómesese desde donde se tome la vista—y está tomada de frente—tiene necesariamente que aparecer el cimborio y el ábside de la catedral. ¡Parece mentira que en una cosa tan importante y al mismo tiempo tan sencilla pueda haber estas omisiones! El de 75 céntimos azul nos muestra la fachada del Obradoiro, tomada desde el callejón de la bajada de la plaza que existe entre el Palacio de Rajoy y la Escuela Normal. Bien cogida la perspectiva de toda la fachada, pero mal la del primer plano colocado para dar idea de la lejanía del edificio. No sobresale tanto en la realidad el muro de contención de la plaza que da sobre el dicho callejón.



Año Santo 1943.—Tercera Serie

Y como broche de oro de este humilde trabajo crítico, recordaremos las varias emisiones de sellos con la efigie de Franco, en cuya persona como Jefe del Estado están representadas todas las regiones de España, pero con más orgullo que ninguna, Galicia, tierra en la que ha nacido el Caudillo.

(1) Maravillas del Universo.—Editorial «Labor».



GALICIA Y SU HISTORIA

Por José Díaz Andión

CON motivo del silencio que siempre hemos venido observando hacia la historia de nuestra región los naturales de Galicia, nos lleva nuestra admiración al suelo natal a pergeñar las siguientes disquisiciones acerca de tan sugestivo tema. A tal propósito, es muy digna de tener en cuenta la siguiente opinión que a tal efecto daba un académico de la Historia, Abelardo Merino, en un informe que rendía a dicha Corporación en 11 de febrero de 1927, acerca de la obra *Notas viejas galicianas*:

«Aunque amantes en grado sumo de su «patria chica»—dice en el referido informe el señor Merino—, no han atendido los gallegos tanto como los de otras partes de nuestro territorio al estudio de su propia evolución regional a través de los siglos.

«Todos los reinos y ciudades de España—escribía Pellicer al Consejo compostelano hacia 1658—se hallan hoy con Historias impresas; sólo el de V. S. sin ella.» Y todavía en 1715, el presbítero D. Antonio Paredes Ponte y Andrade se ofrecía a La Coruña, estimulándola para hacer la exposición de las glorias de Galicia en lo pasado: «¿Hemos de ser nosotros menos que las otras provincias del Orbe, teniendo, por ventura, que hablar, si no más, tanto como ellas?... Alentémonos a hacer lo que todos, porque no se diga que somos como ninguno; desterramos aquella vulgaridad castellana que dice *no somos gente*; borremos ya con nuestra pluma aquella indecorosa nota de *bárbaros* que el erudito Mariana nos impuso.»

Semejantes excitaciones y buenos propósitos iban quedando sin resultado útil. Porque, aunque no faltó quien dejase correr largo la pluma, los juicios que merecieron las sucesivas publicaciones al Padre Sarmiento, fueron tales, que en sus *castellanos de Orense* manifiesta del Padre Gándara y de algunos otros

que «toda su ciencia consiste en reimprimir errores añejos y patrañas de los falsos *Chronicones*», asegurando que los *Anales* de don Francisco Manuel de la Huerta parecían escritos desde la Patagonia.

Aún hay más. El cultísimo Padre Feijóo, deseoso de servir en algo a la tierra que le vio nacer, quiso «vindicarla» de los injuriosos conceptos corrientes por el mundo mediante un *Discurso* de los de su *Theatro Crítico*.

Para redactar las pocas páginas que se proponía hubo de confesarse ayuno de las noticias más imprescindibles, por lo que escribió cartas a las principales poblaciones gallegas pidiendo datos. Y aunque los Municipios a los que acudiera nombraron personas competentes, y aunque las aconsejasen pusieran en ello «las más vivas diligencias», todo fué vano, y ni consta que le suministraran al ilustre benedictino los antecedentes que solicitaba...

Aunque nos cause sonrojo y dolor, hay que reconocer el fondo de verdad que existe en este sereno comentario acerca de la obscuridad que se cierne en torno a la historia de Galicia. Como se ve, no han faltado hombres capacitados y meritisimos que se han interesado por mantener a la altura correspondiente la reputación de los naturales de Galicia y la historia de aquel antiguo Reino; pero la fatalidad ha querido que hasta nuestros días, en este aspecto, Galicia ha carecido de textos, crónicas o libros donde se reflejaran los anales de su rica historia y de su refinada cultura.

Sin embargo, atenuando un tanto esta responsabilidad que nos cabe a los gallegos de todos los tiempos y de todas las edades, añade el referido académico de la Historia: «Pero desde la mitad próximamente del siglo XIX, los historiadores de Galicia han ganado con felicísimo modo el tiempo perdido. Y tras los trabajos de Vedia, de Murguía, de

Villamil, y, sobre todo, del infatigable López Ferreiro, insigne cronista de la Metropolitana de Compostela, avanza una benemérita falange de investigadores que, preparadas con las más modernas armas de la actual Historiografía, buscan, transcriben y comentan antiguos documentos, donaciones, escrituras o actas notariales, a la vez que bucean en lo tradicional se apoyan en la Antropología, recogen leyendas, consejas y proverbios y completan, con lo que dicen las piedras de los monumentos en sus inscripciones o en su elocuencia muda, lo que no se halla ni en pergaminos ni en papeles.»

Así, pues, con este y otros razonamientos escritos que se han venido vertiendo, se demuestra que los naturales de Galicia no nos hemos interesado por divulgar nuestra historia y nuestra propia vida hasta bien entrada la pasada centuria. De aquí también nace la causa de que sus valores, en las más varidas manifestaciones de la cultura, estén poco menos que ignorados u olvidados a través de la Historia nacional, sin poder identificar, no ya su recia personalidad en aquellas disciplinas en que se ejercitaran su genio y su inteligencia, sino el propio lugar de su naturaleza.

Es indudable que esta falta de espiritualidad a través del tiempo y del espacio que se apreciaba en la sociedad gallega hasta llegar a los días en que floreciera el Padre Feijóo, debió tener su origen en la influencia que ejercieran sobre nuestra región, por una parte, Portugal, y por otra León y Zamora, ya que todo ello hubo de impedir que Galicia tuviera personalidad propia, pues cedió a Lusitania su lengua y a Castilla su arte y su cultura. De aquí nace este abandono lamentable y esta laguna inmensa, que, a modo de afrenta, nos lanzan con sobrada razón los naturales de otras regiones españolas. Por eso yacen en el mayor desconocimiento todas aquellas realidades históricas que nos indica el Conde de Gondomar desde Londres, en 1614, al decirle a don Andrés de la Prada en aquella epístola tan divulgada en nuestros días, y que el referido Conde encabeza con las palabras *Meu señor verdadeiro: duas cartas teño de vosa mercé de dez de novembre o de doce de decembre, por las que eu beixo as suas maos moitas e infinitas veces*: «En todos tiempos y en todas edades y siglos—dice el Conde de Gondomar—hallaremos gallegos gobernando y peleando en el servicio de Dios y de sus Reyes. Los últimos

que se dieron al imperio romano—continúa—fueron los gallegos, no por ser de las últimas tierras, sino por ser los que con más valor se defendieron y vese bien esto en que después fueron los últimos que lo desampararon, que es buena prueba de constancia y de fidelidad.»

A pesar de todo ello, no contó Galicia con un *Ercilla* u otras figuras que divulgaran a través del tiempo y del espacio aquellas hazañas o empresas que tanto habían de honrar y ennoblecer a sus hijos. Por esto mismo dice un crítico portugués de nuestros días que «en tanto que el portugués, una vez destacado como tal, sigue su evolución literaria, progresiva, acompañando todas las corrientes de pensamiento y sensibilidad y reflejando fielmente la vida nacional, que logra los más altos momentos del triunfo, el gallego decae, y durante largas centurias, supeditado, no conoce cultura literaria».

Fué preciso que llegara el siglo XVIII para que Feijóo y Martín Sarmiento iniciaran el renacimiento de la historia y de las letras gallegas. El verdadero movimiento de esta restauración, sin embargo, comienza hacia 1808, durante las invasiones napoleónicas, con los escritos patrióticos y de sentimiento regional de Fernández Neira, Manuel Pardo de Andrade, Pedro Boado Sánchez y otros. No faltó tampoco quien continuara ese impulso hasta que en 1861, con la celebración de los Juegos Florales, pudo considerarse triunfante el deseo de algunos ga-

llegos beneméritos, ya que su afán era revivir la literatura gallega y abrirle nuevos horizontes, dentro del molde regional, tanto en los temas de la lengua en que se traducen como también humanos en el alcance que contenían.

Fué Menéndez Pelayo quien, abogando en su *Ciencia española* por el fomento de la Monografía, hace un estudio acerca de las ciencias bibliográficas exponiendo la aportación que hasta aquellos días de 1876 en que el ilustre polígrafo escribía su obra habían hecho las regiones y provincias al conjunto científico nacional, diciendo acerca de Galicia que existían «un *Diccionario de escritores gallegos* (lastimosamente interrumpido en su publicación), del señor Murguía (1862); un *Catálogo de libros útiles para la historia de aquel Reino*, formado por el Bibliotecario de la Universidad de Madrid don José Villaamil y Castro (1875), y el ensayo (manuscrito en la Biblioteca Nacional) sobre *La Imprenta y la Prensa periodística en Galicia*, del señor Soto Freire». También remite el autor de los *Heterodosos españoles*, al lector, a la consulta de los *Códices de las Iglesias de Galicia en la Edad Media*, del erudito Bibliotecario señor Villaamil y Castro.

De aquel brioso resurgir histórico-literario destacáronse hombres de probada capacidad para rehacer la olvidada Historia de Galicia, aunque quizá en el presente siglo no hayan tenido continuadores. Las destacadas figuras de Vedia, Vicetto,

Murguía, López Ferreiro, Villaamil y Castro, Vesteiro Torres y tantos otros, constituyeron plétora entre las generaciones del pasado siglo, consagrando lo más puro y fecundo de su inteligencia a enaltecer el nombre de su región divulgando y dando a conocer los rasgos más viriles y memorables de sus hombres y el acervo riquísimo de su Historia.

Esbozado, sin embargo, este fervor que animó a los gallegos a través del siglo XIX, quizá nos apene no poco ver que en nuestros días haya decaído un tanto el entusiasmo en ellos para proseguir la Historia de su región, y quisiéramos nosotros, con estas líneas, avivar aquel vigoroso rescoldo. Sirva de ejemplo, entre otros, Teodosio Vesteiro Torres, que, con su inapreciable *Galería de gallegos ilustres* legó a su región un verdadero tesoro biográfico, quizá incompleto y en algunos casos de dudosa autenticidad sus afirmaciones, pero en donde resplandecen y se airean las más destacadas figuras de gallegos ilustres en las más distintas actividades culturales, tales como poetas, artistas, diplomáticos, guerreros, etc., que hasta el presente, que sepamos, no ha tenido continuadores en esta empresa merítisima que con tanto acierto y diligencia llevara a efecto el inspirado y culto hijo de Vigo.

Madrid, 1945.

(ESPECIAL PARA
FINISTERRE)

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE CARBUROS METÁLICOS

DOMICILIO SOCIAL: Consejo de Ciento, 365 - BARCELONA

Carburo de Calcio, Ferro-manganeso, Ferro-silicio, Sílico-manganeso, Oxígeno, Acetileno disuelto, Hidrógeno, Aire comprimido, Nitrógeno, Sopletes de soldar y cortar, Mano reductores, Instalaciones completas para la soldadura autógena, Polvos desoxidantes y metales de aportación para la soldadura de aluminio y de toda clase de metales, Máquinas automáticas de corte oxi-acetilénico, Electrodo para soldadura eléctrica.

PRESUPUESTOS, ESTUDIOS Y DEMOSTRACIONES GRATUITAS

Sucursales. — MADRID: Avenida José Antonio, 61. — SEVILLA: Plaza General Mola, 12. — VALENCIA: Calle Colón, 22. — BILBAO: Alameda Recalde, 17. — CÓRDOBA: Reyes Católicos, 22. — LAS PALMAS: Fernando de Guanarteme, 49. — SANTA CRUZ DE TENERIFE: Calle Concordia, 6.

EL MARRUECOS IGNORADO

UNA de las funciones que más caracteriza la acción protectora de los pueblos es la de poner a los protegidos al mismo nivel cultural de los protectores.

Marruecos que como puente de unión del pueblo árabe, había sido uno de los exponentes más elevados de la cultura, llegando a formar una escuela propia que educada al pensamiento del mundo occidental durante el reinado de los Califas, especialmente bajo el de Alhaken II que hizo florecer la Biblioteca de Córdoba con más de 400.000 volúmenes, había caído en el más completo abandono en la enseñanza, no solo la científica sino incluso la religiosa, que constituye la fuente primaria de la cultura mahometana.

Lejos quedaban aquellos tiempos en que los musulmanes españoles eran maestros de la enseñanza de la medicina, la astronomía, la historia, la geografía, las matemáticas, las ciencias religiosas, etc... y las Escuelas de Murcia, Sevilla y Toledo trasladaban al conocimiento cultural del mundo las enseñanzas y el cientifismo del saber del Oriente musulmán, del conocimiento hebreo y de la cultura griega.

Lejos quedaba asimismo la influencia cultural formativa de las Mezquitas de Fez, Tánger y Ceuta que enviaban a las Escuelas de Murcia, Córdoba, Valencia y Sevilla a los más preclaros de sus alumnos para perfeccionar sus estudios.

Poco a poco van perdiendo su influencia cultural, llegando al abandono de la enseñanza y a entregarla a unos pocos creyentes. Lo que hasta entonces había sido expansión del esplendor cultural árabe, se convierte en una concentración en el espíritu religioso, perdiendo tolerancia, encerrándose en el margen estrecho de las Zauias y de las Mezquitas, para repetir día tras día los versículos del Corán, única fuente permitida del saber.

Vuelve a ser lo religioso la defensa de la invasión del conocimiento científico europeo,

III.

«Después, cayó la obscuridad de la noche sobre todas las tierras orientales.»

Rabindranath Tagore.

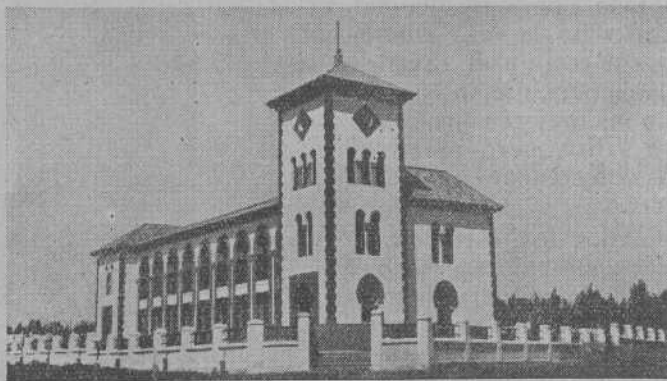
tratando de salvar a un pueblo de la posible evolución social y cultural, constriniéndolo a que un espíritu tenga alimento solo por la fonética mejor o peor formulada de los versículos del "Libro de la Suprema Sabiduría".

La enseñanza en Marruecos estaba constituida por unas escuelas pertenecientes a las Mezquitas, las más de las veces dentro del mismo recinto de éstas o en lugar próximo, en donde un Faquir o Mudarrir (maestro indígena) reúne en torno suyo a una serie de alumnos o mehadi que oscilan entre los 5 y 16 años y que sentados a estilo árabe sobre una estera de junco, van recitando de viva voz las "suras" del Corán escritas en su "loha" (tablilla de fresno o haya generalmente adquiridas en el santuario de Muley Abdselam y cubiertas con un enlucido de tierra diluida en agua para que mediante la ayuda de una caña y con un líquido especial llamado "smaj" se pueda escribir sobre ellas). El maestro vigila la atención de sus discípulos, castigando con golpes de su larga vara dados en los pies del "mhada" o alumno que tiene una falta de memoria, o de aten-

ción, o que por sus errores u olvidos lo merece.

Cuantas veces paseando por las callejas de cualquier ciudad o poblado de Marruecos, nos hemos parado a oír ese runruno gangoso que llega a nuestros oídos y hemos tratado de averiguar el origen del mismo; llegados a la escuela de donde sale, vemos a veinte o treinta niños que sentados van coreando las palabras escritas en las "lohas", al mismo tiempo que imprimen a sus cuerpos un movimiento de balancín para centrar así mejor la atención y seguir cadenciosamente el recitado de las "suras".

Los musulmanes siguen año tras año sometidos a ese ejercicio de vocalización y retentiva hasta que van aprendiendo los partes en que se divide el Corán, recibiendo en virtud de su destreza el nombre de "taleb" cuando han coronado con sus estudios el aprendizaje de la Sura 48, y pueden escribirla o recitarla de memoria sin perder ninguna de las entonaciones que los antiguos maestros han impuesto como pronunciación exacta del Corán, que constituyen las siete escuelas siguientes: Varch, Kelma, Elmela, Elbassi, Hamza, Jalaf y Ajalad. Los padres del alumno, cuando esto suceda, dan una fiesta a todos los parientes y amigos llamada "Diffa" y a la cual concurren el Faquih y sus compañeros, efectuándose entre todos los asistentes una colecta que ha de servir como primera tributación para la manutención del



Grupo escolar «España» de Alcazarquivir

que ha de continuar los estudios.

Desde este momento el "taleb" se dedica con toda su atención y entusiasmo y en todos los momentos de su quehacer diario a musitar bajamente las "suras" aprendidas y perfeccionar así la dicción para llegar a hacerla más correcta. Por cañadas y caminos guardando los animales de pastoreo o realizando cualquier labor agrícola, el "taleb" dejará caer a través de sus labios las palabras Santas que Mahoma puso en el Corán.

Dos caminos se presentan a la vista del nuevo "taleb": o perfeccionar sus estudios o constituirse en un parásito de la sociedad para peregrinar de aduar en aduar, de mezquita en mezquita, solicitando la dádiva caritativa que nunca le es negada, ya que todos los que se dedican a aprender o enseñar son respetados e incluso temidos por el resto de los musulmanes, por creer que ellos poseen la palabra de Alá y por lo tanto son dueños de hacer caer los castigos de Dios sobre los que no los apoyen.

Los que se deciden por continuar sus estudios pasan a la "yamá" de una Mezquita ya reconocida de prestigio, en donde bajo la dirección de un "makadem" reciben nuevas instrucciones religiosas y especialmente de tipo gramatical con la explicación de las escuelas de fonética que han de practicar para ser unos perfectos "tolba". Están sometidos totalmente a la autoridad moral y material del makadem quien excediéndose en su autoridad los induce a las prácticas viciosas que la vida relajada y de vagabundez de los alumnos, así como la costumbre ya adoptada como tradicional, les indica como la más conveniente para recibir el rayo de luz de la ciencia, alejándose del trato con las mujeres que es alejarse del saber, pero reemplazándolas con compañeros de su propio sexo.

Terminados los estudios de gramática y sintaxis, así como el tratado de Kauaid el Islam, o bases fundamentales de la profesión de la fe, los "tolba" reciben el nombre y título de Faquih, pudiendo pasar a desempeñar los puestos de "edel" o

"ukil" procurador o abogado y por lo tanto a ser de las personas más respetadas dentro de las cábilas, ya que forman parte de la Junta de Gobierno y con sus consejos y conocimiento del Corán, pueden dirigir los asuntos públicos del poblado.

No obstante, los que quieren todavía perfeccionar más sus estudios y llegar a alcanzar el título de cadí o juez, tienen todavía que cursar la enseñanza superior o alem, que suele durar tres o cuatro años y en la que se han de estudiar ciencias jurídicas, ciencias religiosas y ciencias gramaticales, siendo célebres los tratados Faráid, Usul el Fiqh, Haditz, Mantk, Arud el Kauafi, el Yarrumia, etc., llegando así a los 23 o 24 años en que logran la plenitud de sus conocimientos y adquieren el título de Cadí.

La única ciudad de Marruecos en la que se puede seguir la enseñanza superior, es Fez, en la Zona del Protectorado Francés, a cuya Medersa se le da el nombre de Universidad Coránica de Fez.

No se cierra aquí el círculo de la enseñanza en Marruecos ya que si así fuera quedarían alejados de ella dos sectores muy importantes de su población: me refiero al de los israelitas y de los españoles.

Respecto de la primera, antes de la dominación española eran los rabinos los que practicaban la enseñanza con carácter privado en las escuelas llamadas "Talmud Tora" instaladas en las propias Sinagogas y en las que estudiaban el hebreo, la Biblia y la historia judía, con la misma técnica y práctica de las escuelas coránicas en las que no

se deja libertad crítica al alumno y se le ciñe a conocer memorísticamente los principios religiosos y aquellos que han de regir su vida privada.

España al normalizar la situación de la Zona piensa como primera medida en la creación de una enseñanza que en principio se había de dar a los hijos de los españoles allí residentes por medio de escuelas con profesorado español. Este primer paso fué coronado por el éxito obligando a crear en años sucesivos nuevos Grupos Escolares, a los que ya asistían en común niños españoles, algunos israelitas y musulmanes que querían tener más amplios conocimientos y especialmente estudiar el idioma español para tener más fácil acceso para una normal convivencia y especialmente, entre los israelitas, para mejorar las normas y relaciones de intercambio comercial.

En vista de este natural fenómeno y de que los musulmanes tenían deseos de que el elemento femenino de su población tuviese también acceso a la instrucción, de la que hasta ahora se les había apartado, se organizan una serie de escuelas mixtas para españoles y musulmanes, tanto de niños como de niñas que constituyen el primer paso preparatorio para el Dahir de 18 de Julio de 1935, en el que se establece ya un plan de enseñanza moderna, cursando lengua española y los conocimientos indispensables de cultura elemental. Por esta disposición se establecen centros urbanos y rurales de enseñanza con el nombre de Escuelas Hispano-Árabes y se adopta el mismo

(Termina en la página 34).



Enseñanza del Corán en la Escuela Árabe

El Príncipe que murió de amor

Por Dámaso Calvo

NUESTRO tiempo, dominado por hondas y complejas preocupaciones; profundamente alterado por fortísimas emociones que sacuden su alma ante los descomunales sucesos que agotan su capacidad de contemplación; horrorizado por violencias demoníacas que destruyen próceres, monumentos representativos de una selecta cultura; abrumado de dolor ante la dantesca visión que convierte ciudades florecientes, estimadas como verdaderos emporios de refinada civilización, en campos de infinita desolación, aun encuentra breves remansos de paz, merced a un género literario que jamás tuvo tan general aceptación como en la hora presente. Nos referimos al gusto actual, que en todos despiertan, las biografías de personajes ilustres, que brillaron en el pasado; las reconstrucciones de períodos célebres; los ensayos interpretativos de hechos culminantes en los ámbitos de la historia universal; el examen detenido y atento de acontecimientos pretéritos que, vistos otra vez, parecen cobrar un valor dramático, antes insospechado.

Este género literario, que en el extranjero disfruta de gran número de lectores asíduos, lo cultivan en España, entre otros ilustres escritores, el duque de Maura y el doctor Marañón. Del primero —vocación decidida y afortunada— tenemos su magnífico ensayo de reconstrucción biográfica intitulado «Carlos II y su Corte», que relata —maravillosamente— los variados y tristes acontecimientos de una época, que señala el momento más agudo del largo proceso de la decadencia española. De este libro, reglamentado editado, como cumple al buen gusto proverbial en las publicaciones de nuestro querido amigo Gabriel Maura Gamazo, solamente han visto la luz dos volúmenes, que abarcan los veinte primeros años de la existencia del infeliz Hechizado. Si la obra estuviese completa, no ten-

«La historia ejerce sobre la fantasía perenne fascinación.»

MAURA GAMAZO

dría rival en nuestra patria como relación veraz, documentada e imparcial de un período tan calamitoso como fué desdichadamente el infeliz reinado del último de los Austrias. Y es harto sensible que la dispersión vandálica de la espléndida biblioteca, conteniendo libros raros y curiosos, bellas estampas y grabados selectos, documentos y pliegos sueltos correspondientes al siglo XVII, que cuidadosamente conservaba el insigne académico en su palacio de Torrelodones, haya frustrado la terminación de una tarea ciertamente insuperable.

A este sistema de grandes biografías, pertenece el libro últimamente publicado por el duque de Maura, consagrado a referir la efímera existencia de un Príncipe que murió de amor: el Príncipe Don Juan, hijo primogénito de los Reyes Católicos, nacido en 29 de junio de 1478 y muerto en 6 de octubre de 1497. Esta vida tan breve—prévia rectificación de fechas equivocadamente señaladas por el Padre Mariana para el nacimiento y la muerte—sirve a Gabriel Maura para estudiar concienzudamente el cortísimo paso por el mundo de un Príncipe, cuyo nacimiento hubo de

despertar tan generosas esperanzas de afianzamiento de una dinastía netamente española. En esta esperanza, cifraron su mayor ventura los Reyes Católicos; y su deseo fué compartido por todos los pueblos que formaron la nación, a la cual tan trabajosamente dieron su más completa unidad los grandes y poderosos monarcas, que convirtieron los Estados patrimoniales de la Edad Media en la magnífica entidad espiritual que es nuestra Patria. Fué ésta, la grande, la ingente obra realizada, a costa de innumerables afanes, por tan esclarecidos Reyes; y era, por lo tanto, muy natural que los creadores aspirasen a perpetuar tan gloriosa empresa en su hijo, pensando que tan elevado destino transformaría su dinastía castellano-aragonesa en un claro concepto unívoco, de grandeza y poderío netamente nacional: España.

Pero quien todo lo puede, no quiso que este anhelo tuviese cumplida realización, pues como en su lecho de muerte, dijo al Príncipe su padre: «Fijo mucho amado, habed paciencia, pues que vos llama Dios que mayor Rey que ningún otro; y tened corazón para recibir la muerte, que es forzosa a cada uno recibirla una vez, con esperanza que es siempre inmortal». A esta entereza del padre, transido de pena viendo a su hijo agonizante, respondió el malogrado Príncipe con claras muestras de «sazonado y buen juicio y de toda clase de prendas nobilísimas que le adornaban y que hacían de él un Príncipe perfecto». El dolor de los Reyes Católicos no tuvo parigual; pero como buenos creyentes en altos e inexcusables designios de la Providencia, se sobrepusieron a su acerba amargura, mayor en este caso que en ninguno, porque con la muerte de su primogénito se frustraban tantas esperanzas y se deshacían tan halagüeños augurios.

No es la primera vez que el ilustre escritor Dámaso Calvo honra con su colaboración las páginas de FINISTERRE. A partir de este número su firma será familiar a nuestros lectores: Calvo nos enviará, para cada número, una crónica, que, como suya, estará llena de amenidad y de interés.

* * *

Es frecuente en muchos historiadores y en otros que no lo son, atribuir al fallecimiento de D. Juan un cambio profundo en el destino de nuestro pueblo. Tan luctuoso acontecimiento, tema propicio a todo linaje de conjeturas, mayormente teniendo en cuenta los profundos cambios y las transformaciones sustanciales que, en nuestras costumbres y en los modos esenciales de la política impuso la Casa de Austria, no autoriza a sentar conclusiones terminantes, dada la flaqueza de ánimo observada en el Príncipe por los servidores más cercanos a su real persona. Pero ni su temprana muerte ni su escasa apetencia por los negocios públicos, permiten establecer afirmaciones concluyentes sobre el cambio de rumbo que hubiera tomado España, si el Príncipe llegase a ceñir la Real Corona: porque no siempre lo que el hombre hace en los floridos años de la juventud—cuando el paisaje es accidente y no sustancia—es nuncio seguro de las empresas que realizará en la plena madurez de sus años decisivos. Esto, sin contar con que un Príncipe adolescente, rodeado de cuantas cosas hacen grata la vida, libre de cuidados y de preocupaciones, no tenía motivos cardinales para sujetar sus días, regidos por el amor y el cultivo de la música, a los gravísimos cuidados que impone sentarse en el Trono de San Fernando. Entonces, cambiadas las normas directrices de una feliz existencia, lo que pudiera considerarse como devaneo circunstancial, como pasatiempo ligero, pudiera convertirse en radical mudanza de formas y maneras imperativamente ordenadas por un estado de conciencia inexorable: sentir la hercúlea responsabilidad histórica encarnada en la Monarquía tradicional y hereditaria de España.

Este manido tema de lo que pudiera haber ocurrido si Don Juan de Aragón y de Castilla llegase a ocupar el solio de sus augustos padres, no constituye novedad en esta magnífica biografía; pues Gabriel Maura entiende que, aun prolongándose quince o veinte años más la vida de la esclarecida Reina Isabel, «los magnos sucesos acaecidos en nues-

tro país durante las postrimerías del siglo XV habrían afectado hondamente en el XVI a la estructura orgánica del reino castellano, fuese cual fuere el apellido dinástico del Monarca reinante.» Este juicio, es totalmente acertado, confirma el anteriormente expuesto por el duque de Maura con ocasión de su ingreso en la Real Academia Española, el 18 de enero de 1920. En esta fecha, discurriendo con su habitual maestría y con su profundo conocimiento de la historia nacional, el recipiendario examinó, con gran copia de datos, el proceso de decadencia nacional, demostrando de una manera perfecta la equivocación que padecieron Joaquín Costa y Macías Picavea, al establecer, como «apoteogmas berroqueños por estos labrados», la línea divisoria entre la grandeza y la decadencia de España en los primeros años del siglo XVI.

En nuestra Patria, el tiempo esplendoroso, la centuria sobrehumana, es precisamente el siglo ennoblecido por los Reyes Católicos, el Emperador y Felipe II. En los ciento veinticinco años aproximadamente que comprende este próspero período, España ejerció su hegemonía en los destinos del mundo, influenciando además un considerable desenvolvimiento del arte dramático y de la poesía, de la filosofía y de la mística, del derecho y de la teología, merced a un pensamiento aposentado en la cumbre de la Contra-Reforma; ya que el Renacimiento tuvo aquí un sello inconfundible de unidad espiritual y de identidad de creencias religiosas. Es cierto que a estos años de gloria, siguieron los tiempos especialmente difíciles del siglo subsecuente; pero, en cambio, fué evidente nuestro progreso, nuestro adelanto y nuestro bienestar en los días venturosos transcurridos desde el advenimiento de Fernando VI hasta la muerte de Carlos III.

Al hablar el Padre Mariana del dichoso nacimiento del Príncipe Don Juan, dice que su abuelo el Rey de Aragón, «aunque cansado no solo de negocios sino de vivir con el grande vigor que siempre tuvo, pedía le enviasen este niño

para que se criase a la manera y conforme a las costumbres de Aragón». No se atendió este ruego, por demás de poca eficacia educativa, sabiendo que el monarca falleció a los seis meses de nacer su nieto; pero sí es curioso puntualizar que el poderoso soberano aragonés se inclinó a la unidad nacional, asegurando a sus nietos la sucesión a la Corona de Aragón. Así lo demuestra su testamento en el que mandó heredasen su reino los nietos del Rey Don Fernando su hijo, aunque fuesen de parte de hija, en caso de que no tuviese hijo varón; y que los tales nietos fuesen preferidos a las hijas del mismo. Ordenación bien extraña, añade el sabio y sentencioso historiador toledano; aunque bien miradas las cosas, no lo parezca tanto si se recuerda como advino al Trono de Castilla el Rey Don Sancho IV el Bravo.

Esta disposición testamentaria, propia del concepto patrimonial de los reinos imperantes en la época, viene a comprobar que el anciano monarca, a pesar del particularismo propio del Principado de Cataluña, sentía vivamente el predominio de la política universalizadora desarrollada por la Corona de Aragón en Italia y en el Mediterráneo oriental: que, en índice, era la más adecuada a la comprensión que de la misma idea tenía Castilla. Los castellanos han sentido, como elemento primordial de su concepto dinámico de la vida, una fuerte apetencia de señorío, que en el siglo XVI desembocó en su política mundial de gran estilo. Quiere esto decir que, fusionados el sentido particularista de Cataluña con el sentimiento generalizador de Castilla, España fué entonces magnífico exponente de grandeza imperial. De una concepción profundamente humana—concretada en las maravillosas leyes de Indias—surgió una nación fuerte, aguerrida, que engendró una raza de titanes. Que, en resumen, el español del siglo XVI, con todos los defectos inherentes a nuestra naturaleza harto flaca, fué, en ocasiones innumerables, un héroe; y, en todos los momentos, un hombre, un verdadero hombre de acción.

La Coruña, 1945.

(ESPECIAL PARA FINISTERRE)

Consagración del Obispo Auxiliar de Santiago en Mondoñedo (Fotos Arturo)



El Obispo Auxiliar de Santiago, después de su consagración.



Momento de la consagración del Obispo Auxiliar de Santiago, verificada en Mondoñedo.

El Nuncio y los Obispos de Oviedo, Lugo y Santiago, con los padrinos de la consagración de este último.



La llegada a Mondoñedo del Nuncio de Su Santidad, para la consagración del Obispo Auxiliar de Santiago.

INFORMACIÓN GRÁFICA DE LA CORUÑA

(FOTOS CANCELO)

El nuevo Gobernador Civil y Jefe Provincial Sr. Palomeque, rodeado de las Jerarquías del Movimiento, después de posesionarse de la Jefatura de la Falange.



Alumnos del Instituto de Enseñanza Media, que fueron obsequiados con libros, por su aplicación, en el acto de la Fiesta del Libro, con asistencia de las autoridades.

Grupo de camaradas de la Sección Femenina de Falange Española Tradicionalista y de las JONS, después de la celebración de un Coursillo de Divulgadoras Rurales.



Artistas y numerosas representaciones que concurrieron a la inauguración de la Exposición colectiva de la Escuela de Bellas Artes de La Coruña, en honor del ex director de dicho Centro D. Fernando Cortés.

O R O V I E J O

O castro Nemenzo

«Rey dos castros, castro forte,
Garrido castro Nemenzo;
O das uces montesías,
E dos carballos cerqueiros:
O da boa parecenza,
O dos altos parapetos,
Cheos de frores no vran,
E esquivas uces no inverno;
O dos fosos ben compridos,
E ben fondos e ben feitos,
Das râmpras en caracól,
E camiños encubertos;
Doce a vista desde lonxe,
Castro bo, castro compreto,
Ou castro, amigo dos celtas,
Entre os outros o primeiro:

Coma un celta forte e armado
Desde lonxe te contemplo,
C'o teu escudo embrazado,
Con que defendel' o peito;
E non sei por qué, na alma,
O que sinto non comprendo,
Qual virxen que o seu amado
Mira c' un placer secreto.

Así a tua fermosura,
Respete o esquivo tempo.
E na tua nobre frente,
Conserves o nobre sello,
Q' he propio tan so dos fortes,
Q' o tempo non se renderon:
E seas doce lembranza
Dos días que feneceron,
D' aqueles que inda virán,
A povoar noso eido,
E pasado tempo antigo,
Chamarán o noso témpo».

Tal a son da sua arpa,
Cantaba a doce *Maymendos*,
Filla do forte Lugar,
Entre os fortes o primeiro:
Que do eido do seus maiores,
Do *Támara*, estaba vendo
O grande castro garrido,
N' un día escuro d' inverno,
Lu que as uces do esforzado
Se domeaban co vento;
E a vos da doce meniña
Ibase o lonxe perdendo.

EDUARDO PONDAL.

O día de San Antón
Décheme un cravel, Calrota;
Non sei si t' acordas xa
Que rés mui debre a mamoria.

Eu xuraba qu' est' amor
Henchíam' a yalma toda
Y-era grande com' a vida
D'o que padéz hastr' a coba.

Colliche entoncel' a fror
Entre veras y entre bromas,
Turra, dicindo, e turrache
Tí, d' outro cabo con forza.

Partíuse... non pol' o medio,
Levache a parte mais moita,
A min quedóum' a pequena;
Déronch' as meigas a goria.

Con tal modo e tal maneira
Quedaba crariña a cousa,
O teu amor era o certo,
O meu, fantesía tola.

¡Pasaron xa tantos días
Dende entónces, miña pomba!
N' as romerías d'o vran
Vinte bailar, sin congoxas;
De cote te vin en elas
Tan doce, tan amorosa,
Cal si n'o peito levaras
A yalma que gard' eu toda.

Pero, xa' os albores van
Despíndose d' as suas follas,
Y-o ceo vaise cubrindo
De brétemas misteriosas.

Non comenza agora o vran
Nin' as anduriñas voan,
Qu' están xa lonxe... tan lonxe
Com' están lonxe outras cousas.

O vento d' outuno e frío,
E co-as suas volvorotas
Parés co seu frío leva
O fondo d' as almas nosas.

Mui ben poidera amostrarche
D'a fror' as muchadas follas
Que muchadas y-amarelas
Gardo inda com' unha xoya.

Poidera ben... mais non quero,
Porque d' amor' as hestorias
Cando morreron n'a yalma
Esquécense n'a mamoria.

¡Ah!, tivo razón a sorte
D' as meigas feitizadoras,
D' aquel amorío noso
Tí levache a parte boa;

A min quedóum' a cativa...
Que tí me deixaches rota!

CLARA CORRAL.

LO recuerdo bien. Te ví por primera vez en casa de mi buen amigo el doctor Vergara.

Era uno de esos días de invierno, fríos y lluviosos, con esa lluvia monótona y pertinaz tan de nuestra tierra. Tú te hallabas sentada en un rincón de la acogedora sala de estar de nuestro íntimo amigo. Quieta detrás de los cristales, con una labor entre las manos, parecías más bien una estampa que un ser real. Me llamaste poderosamente la atención. Tu semblante luminoso, tu serena belleza estática, la profundidad de tus claros ojos, que parece miran siempre melancólicos a la lejanía, me cautivaron. Y mi postura donjuanesca, un poco despreciativa, esta postura que he adoptado como cansada de todo, creyó ver en tí la posibilidad de una nueva conquista. Así me lo propuse costara lo que costara, fuese como fuese. ¿El modo y los medios?... No importaban. Me creía con dotes sobradas y el tiempo y la constancia pondrían lo demás.

Nuestro querido Vergara nos presentó un poco a la ligera. Tú alzaste tus ojos hacia mí y sonreíste levemente. Después, con un imperceptible parpadeo, los volviste a bajar.

Mi visita fué muy breve. Solamente iba a requerir la colaboración del maestro y el consejo del amigo. Salí a la calle precipitadamente por la urgencia del asunto que me llevó allí. Tú volviste a alzar tus ojos y con una ligera sonrisa desvaida, me siguió tu mirada azul hasta la puerta. Aquel día pensé mucho en tí.

No volví a verte en casa del doctor Vergara. Quizá algún viaje te tenía ausente y yo, que nunca fuí tímido, no me atreví a preguntar por tí.

Al cabo de unos meses, pocos, pero que a mí me parecieron interminables, te volví a ver, con gran sorpresa, en una de las salas del Gran Hospital de aquella ciudad. No me saludaste, no sé por qué; pero no me pasó inadvertido el temblor de tus párpados al bajar la vista al suelo.

Me informé de tu presencia allí, con tu uniforme immaculado de enfermera. Habías ganado una oposición para una plaza vacante; y a mí me faltó tiempo para requerir tus servicios en mi Sala.

Te seguí adorando día a día, en silencio, porque mi estado no me permitía otra cosa; pero tú, mujer enigmática, no me distinguiste un solo momento de los demás. Solicita con todos, amable; pero siempre retraída, siempre lejana. Adivinabas mi pensamiento, eras mi mejor colaboradora y compañera; siempre todo a punto. Hablabas lo preciso y con oportunidad. Solamente, si mis ojos te buscaban con demasiada insistencia, tus manos, al darme las pinzas o algún otro instrumento de cirugía, temblaban un poco. En la Sala te hiciste imprescindible. Contigo trabajaba mejor que con ningún compañero de carrera; delante de tí me sentía más seguro de mí mismo. Adinaba yo, que

MI ROMANC

P o r M A R

ILUSTRÓ P

(De nuestro Concurso de

allá en lo más hondo de tu ser, me admirabas, ya no te era indiferente en todos los aspectos. Así hemos trabajado muchos largos días juntos.

Un día, lo recuerdo bien, te sentí más lejana que nunca, preocupada quizás, y por dos veces, te cayeron las tijeras al suelo. Después de la operación, te llamé a mi despacho y me dirigí a tí con un poco de brusquedad, lamentándome de lo que yo llamé falta de atención. Te reconvine con insistencia, tal vez con algo de crueldad; me sentía irritado por tu constante frialdad e indiferencia, por tu comportamiento irreprochable, por tu puntualidad matemática. No dabas lugar a una pregunta, a un reproche, a nada... Te encerrabas en tí misma con una reserva casi insultante.

Ante la actitud de aquella mañana, tan desusada en mí, te sentiste, primero sorprendida y luego dolorosamente herida. No dejiste nada; pero tus ojos, tus divinos ojos, me parecieron al pronto dos grandes lagos, y luego, con lentitud, se fueron deslizando gruesas lágrimas por tus sonrosadas mejillas de terciopelo.



CE DE AMOR

ARIAURO

6 PORTELA

o de Cuentos para noveles)

Senti perderme, senti que mis nervios me traicionaban, y presa de una excitación inaudita, recurri a grandes zancadas la estancia. Me detuve de repente, confundido de haber dejado escapar palabras tan fuertes, y alzándote tu divino rostro, te miré fijamente a los ojos.

—Váyase, María Eugenia, se lo ruego—te dije.

* * *

¿Qué pensabas de mí, María Eugenia? Ante mi actitud de aquel día, ¿qué impresión te había causado? Yo pensé perderte del todo, definitivamente.

Impaciente, me dirigí al Hospital a la mañana siguiente. Allí estabas tú, como siempre, quizá un poco pálida.

Nos pusimos a trabajar. Tú me informaste del estado de los enfermos, de algunas entradas nuevas, de otras altas... Recorrimos la Sala juntos en visita médica. Y todo igual que siempre... ¡Oh, cuánto daría yo por saber lo que piensas!...

No vivía de intranquilidad. Tenía que disculparme ante ti, tenía que saber que habías olvidado

aquel incidente; e impaciente, te llamé de nuevo a mi despacho.

—María Eugenia, quiero hablar con usted, siéntese por favor. Ayer la he ofendido mucho—dije—estuve muy cruel, lo sé. ¿Quiere perdonarme? Necesito oír de sus labios que me perdona.

Y tú, María Eugenia, con tu sonrisa luminosa, me dijiste, más que con los labios, con tus divinos ojos, que me perdonabas.

—Ahora sí que me siento feliz...—te dije—. María Eugenia, nunca hemos tenido una conversación, no sé nada de usted. ¿Quiere que charlemos un rato?

Me contaste tu vida. Tú y tu madre solas, sin más beneficios que tu sueldo del Hospital. Y no me hablaste de tus sacrificios y privaciones, pero yo los he adivinado. Pensar, María Eugenia, que a mí me sobran tantas cosas y tú careces de todo. Qué pena me dabas, cuando te veía venir, desde uno de los ventanales del gran edificio, con tu carita de frío, muchas veces completamente empapada por la lluvia. Y pensar que a mí, allí en la acera, esperaba mi coche para el regreso a casa. Cuantas veces me hubiera gustado llevarte conmigo a los espectáculos para verte con sus ojos de asombro admirar las cosas que yo, hastiado, miraba con desgana. Cuanto hubiera gustado ayudarte, María Eugenia, hacerte la vida un poco más agradable...

Desde entonces tuvimos largos ratos de charla, allí en el Hospital. Tu voz suave era para mí un reposo. Hablábamos de los incidentes del día... En fin, de nada en concreto; pero verte y oír tu voz, eran mi paz y mi consuelo.

Y un día, María Eugenia, me dijiste que te casabas. Tu madre te lo pedía. Era un hombre bueno, un poco mayor y algo de la familia. ¿Qué querías que yo te aconsejara? Y como te quería tanto, si no podías ser feliz, por lo menos resguardada de los embates de la vida, protegida, ya que yo no podía hacerlo, te dije que aceptaras. Así lo hiciste y desde entonces todo ha sido doloroso para mí. Me has dejado el alma rota y en la boca un sabor amargo. Te has ido a tierras muy lejanas, sin saber los sentimientos que me inspirabas, ni la tortura que era el verte, tenerte tan cerca y tan lejos... Y hoy, cuando quizá ya unos chiquitines te digan mamá, quiero que llegue mi recuerdo y gratitud a ti. Quiero que vayan a ti todas las palabras que nunca te dije y que pugnaban por salir de mis labios, cuando mi vida estaba impregnada de tu persona..., cuando no existía nada que no fueras tú. Recuerdo cuando un día me dijiste: —A veces no entiendo lo que quiere decirme, doctor, pero me gusta oírle.—Y mi voz era como una canción.

Y al leer esto, María Eugenia, quizá como cuando te conocí, sentada detrás de los cristales con una labor entre las manos, tejiendo el hilo de tus esperanzas, solo te pido que alejes la indiferencia de tus ojos claros.





CORREVEDILE



EN una villa gallega existió hasta hace muy pocos años, un popular zapatero, hombre honradísimo a carta cabal, que tenía el vicio de la bebida y cada lunes —día de asueto tradicional del gremio de San Teobaldo— “pesca-ba” una borrachera de órdago.

Sus amigos le compadecían y procuraban atraerle al buen camino, predicándole continuamente y aconsejándole que abandonase un vicio que tanto le deshonoraba:

—Usted, sin copas, es un santo.

—Usted, si no bebiera, sería el amo del pueblo.

A todo asentía el zapatero; pero llegaba el lunes y era hombre al agua, mejor dicho, hombre al vino.

Una vez se halló tendido en la calle y en deplorable estado a un borracho forastero, que fué al punto objeto de la burla del público.

—Venga usted y verá un cuadro—le dijeron a nuestro zapatero, llevándolo a presencia del curda desconocido—que ha de hacerle abandonar para siempre su asqueroso vicio.

El zapatero se quedó un momento pensativo, y cuando todos se figuraban que iba a renegar de la bebida, exclamó en tono patético:

—¡Infeliz!... Así me verá yo el lunes, si Dios me dá salud.

SE hablaba en cierto café elegante de Madrid, al que concurren escritores muy conocidos, de lo que ganan actualmente los que escriben para el teatro.

—Algunos—decía el que parecía llevar la voz cantante—se hacen de dinero en poco tiempo y sin

apenas darse cuenta. Ni el que hace periodismo, ni el que escribe novelas, ni menos aun el que realiza cierta labor artística dentro de los más exigentes postulados literarios puede presumir de ganar dinero hasta el extremo de llegar a hacerse rico. En cambio, el que dedica sus actividades al teatro, aunque no pase de ser una medianía, evidentemente sabe lo que es ganar dinero.

—Pero—opuso otro—el que se dedica al teatro tiene que escribir mucho para hacerse rico.

—No lo crea usted—intervino el autor coruñés Adolfo Torrado, que en ese momento acababa de entrar—, porque para ganar dinero en el teatro no es absolutamente indispensable escribir mucho, ni siquiera escribir bien. Basta con tener suerte...

UN inteligente y probo funcionario de Hacienda, que presta actualmente sus servicios en una ciudad castellana, es, además, un charlador empedernido e infatigable, hasta el extremo de que sus compañeros “fuxen” de él, con verdadero pánico, cuando inicia un tema cualquiera de conversación, pues saben por experiencia que tiene tela cortada para rato, y será el cuento de nunca acabar como el de la “Buena Pipa”.

Hace unos días estuvo en Pontevedra, y exigencias de su cargo le dieron ocasión a realizar, con varios amigos, un viaje en auto a Tuy.

Pues bien, desde que salieron para la ciudad fronteriza hasta que regresaron a la capital, no cesó nuestro personaje ni un solo minuto de charlar y charlar, sin que ninguno de sus acompañantes lograra meter baza.

Con el fin piadoso de mitigarle la “secura” que decía tener en la garganta—cosa que nadie puso en duda—, sus amigos le invita-

ron a tomar un refresco en un café. Y, tras el primer trago, cogió de nuevo el hilo y reanudó sin tregua el relato de sus peripecias.

—¡Por Dios!—protestaron a coro sus fatigados oyentes—. Basta por hoy, querido compañero. Mañana será otro día. Llevas hablando ocho horas.

Entre molesto y amoscado, el pertinaz charlista, trató de defenderse del ataque afirmando que había otros muchos que hablaban tanto o más que él.

—Sin ir más lejos—añadió—, hay entre nosotros alguien que cuando toma la palabra... Lo que sucede es que me contagiais y hablo sin darme cuenta. Pero os advierto sinceramente que yo cuando estoy solo no hablo nada.

X, viajante de comercio, entra en el café con evidentes señales de abatimiento y preocupación.

—¿Qué te ocurre?—le pregunta un amigo íntimo.—Traes una cara...

—Estoy desconsolado—contesta X.—Verás: la semana pasada estuve en Lugo, vi una muchacha, me enamoré de ella, y pedí instantáneamente su mano...

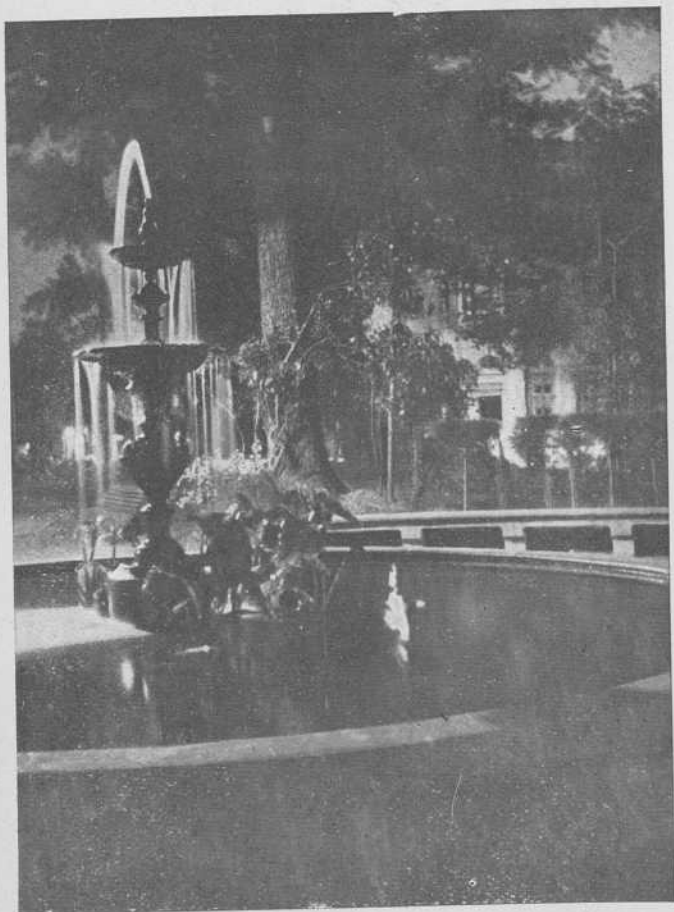
—¡Hombre, que sea enhorabuena!

—No; no me des tan pronto tu enhorabuena.

—¿Por qué?

—Te digo que he obrado irreflexiblemente. Días después de mi impulso romántico, me he enterado de que mi prometida es una coqueta a quien han besado todos los hombres de la ciudad.

—Bueno—contesta el amigo—, la cosa no es para tanto disgusto. Después de todo, Lugo es una ciudad mucho más pequeña que Barcelona.

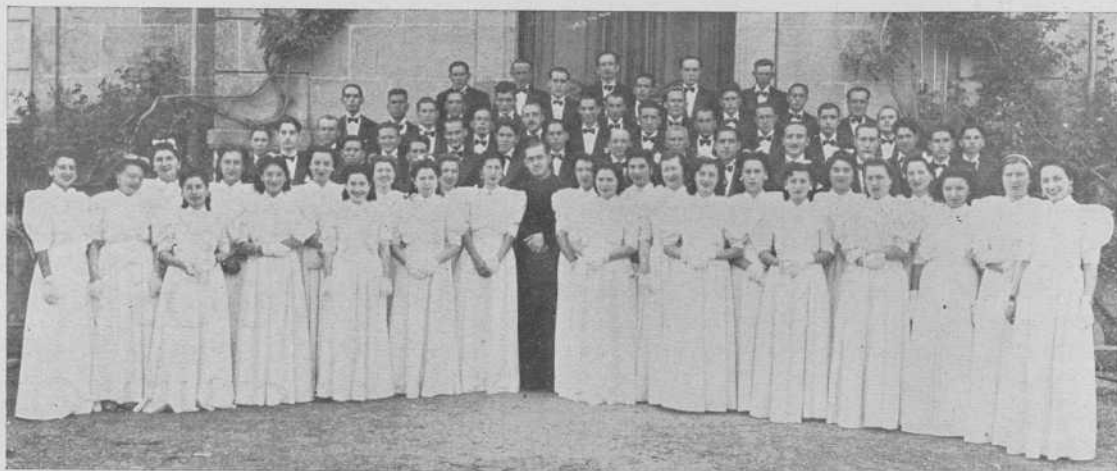


DOS NOCTURNOS DE VIGO

FOTOS M. GARCÍA

(DE NUESTRO CONCURSO)





PUENTEAREAS.—La magnífica Coral Polifónica de la Obra Sindical de «Educación y Descanso», que dirige el maestro Uriz.—(Foto Pintos).



PONTEVEDRA.—La compañía de comedias, que dirige el popular actor valenciano Pepe Alba, celebra la fiesta de San José, quemando una falla que reproduce el famoso Miquelet de la gran ciudad levantina.—(Foto Pintos).



LA CORUÑA.—Grupos de distinguidas señoritas que lucieron por vez primera la clásica mantilla en los días de Semana Santa.—(Foto Cancelo).

GRAFOLOGIA

POR EGO

Frecuentemente, recibimos cartas de nuestros lectores felicitándonos por el rotundo acierto que, al parecer, preside las contestaciones de las consultas grafológicas que se nos hacen. Esto sirve de estímulo a nuestra labor, a la que, desde un principio, hemos deseado imprimirle un carácter de absoluta sinceridad, aun cuando en ocasiones, con barto sentimiento por nuestra parte, nos veamos obligados a emplear adjetivos duros y poco galantes.

A las doce en punto. (Noya).—Imaginación calenturienta, rayando en la fantasía. Romántica tirando a cursi. Deseos de brillar en ambientes fastuosos, rodeada de admiradores. Soñadora. Afán de viajar, de recibir emociones nuevas, de conocer paisajes exóticos. Afición a la música ligera y moderna; a las novelas de amor y al cinematógrafo. Facultad de creerse la heroína del libro que le ha «llegado al alma» o la «estrella» de «cines» que ha vivido una aventura enloquecedora... Todo este complejo (vuelo para el que le faltan alas), la hace tímida, recelosa, metida en sí misma, siempre abstraída y ausente. Como se dice ahora: «despistada».

Teclaman. (Pontevedra).—Descuidado, poco amigo de la exactitud, desordenado y sin sentido de la limpieza. Irregular y ligero de carácter. Riqueza de ideas, agilidad de espíritu, percepción rápida de las cosas. Escasa o casi nula capacidad de organización. Indiferencia hacia lo que se llama «guardar las formas» y negligencia ante las cosas accesorias. Cuando llega la ocasión adecuada, se mantiene cerrado, impenetrable, como si dijéramos «abotonado». Poco razonable, poco digno de confianza. Ausencia de equilibrio inferior. Bullidor, inquieto, inadaptable. Humor variable e indeciso. Propenso a la excitación. Espíritu polemista. Muy decidido. Voluntad autoritaria, rozando el despotismo. Marcadamente audaz. Egoísta. Impaciente. Crítico, burlón e irónico. Deseos de alcanzar un fin soñado... La primera carta suya de que me habla en ésta, no la he recibido.

Arpole. (Pontevedra).—Intuitivo. Don de observación. Tímido y sumiso.

Signos de sagacidad y disimulo. Mentiroso, o, por lo menos, muy hipócrita. Cauteloso. Sensual. Sensible y afectuoso. Sentido racional de la economía, lindando con la avaricia. Vanidoso y presumido. Cierta tendencia al afeminamiento. Expansivo y exagerado. Apático y poco ordenado. Escasa cultura. Carácter descuidado. Intriga por los goces materiales.

Lo-no-ma. (Orense).—Rápida asimilación intelectual. Gustos literarios y artísticos. Carácter afectuoso, franco y expansivo. Voluntad tenacísima. Generoso. Muy sensual, con peligro de perversión.

Cocobacilo. (Pontevedra).—Carácter serio; dominio sobre sí mismo. Generosidad. Signos de elegancia, que llegan al refinamiento y la exquisitez. Distinción, buen gusto y respeto a los usos sociales. Ordenado, pulcro, amante de la claridad. Juicioso, inclinado a la minuciosidad hasta en las cosas menos importantes. Sencillo; facultades equilibradas; digno de confianza. Sentido formal y estético. Tímido, sensible, débil de voluntad, más predispuesto a lo ideal que a lo material. Carácter franco y abierto para todos, amigos y enemigos. Ponderado en las acciones. Buena opinión de sí mismo. Deseos de alcanzar un fin soñado.

Rascallú. (Vigo).—Amigo de incoordinar, de amargarle la vida a cuantos le rodean. Tendencia a encontrarlo todo mal. Malhumorado e irascible. Rijoso en extremo. Falta de tacto, imprudente, inoportuno. No obstante, culto e inteligente. Don de intuición. Espíritu polemista y crítico. Autoritario, afán de imponerle a los demás sus propias ideas. Enérgico y audaz

con los humildes, y débil y cobarde con sus superiores.

Alter ego. (La Coruña).—Ordenada y minuciosa. Vivos deseos de claridad. Espíritu tranquilo, afable y cortés. Signos de elegancia. Inteligente. Don de la iniciativa. Voluntad perseverante. Tímida y sumisa. Activa, alegre. Modesta, sencilla. Franca, expansiva y veraz. Dulzura de carácter. Dominio sobre sí misma. Generosidad. Amor a la poesía. Aspiraciones. Juicio claro. Cumplidora del deber sin esfuerzo y espontáneamente, sin darle importancia. Naturalidad.

María Luisa (Pontevedra).—Grandemente intuitiva. Mucha imaginación. Gustos estéticos; capacidad creadora de arte en potencia. Marcados signos de elegancia y distinción. Franca y veraz. Entusiasmo. Decisión. Inteligencia viva. Espíritu de iniciativa. Bondadosa. Un tanto egoísta y otro tanto orgullosa; pero generosa en el fondo. Dulzura de carácter, no siempre auténtica; es decir: en ocasiones se muestra dulce por la cuenta que le tiene. Cortés y sociable. Algo desconfiada y cautelosa. Dominio sobre sí misma. Seria, en apariencia o realmente. Sensible, afectuosa. Aspiraciones elevadas. Amable y atrayente. Juicio claro. Predilección del espíritu sobre la materia.

Audaz. (Lugo).—Nada responde a su seudónimo. Sencillo, tímido, indeciso. Ansias de alternar y brillar, represadas por un complejo de inferioridad. Bondadoso. Dulce. Soñador. Inteligente. Ambiciones nobles.

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12
1	A	F	E	A				B	U	D	A	
2	M		E	S	T	O	P	E	N	O		P
3	A	N		A	P	L	A	C	A		F	O
4	Y	A	P		A	E	T	A		C	E	S
5	A	R	E	S		O	O		P	E	R	O
6		G	R	O	S				A	R	I	V
7		U	E	L	E			S	E	N	O	
8	N	I	D	O		A	A		Z	A	R	A
9	O	L	A		A	S	C	O		S	I	R
10	C	E		U	N	A	N	S	E		N	O
11	A		E	N	D	R	I	A	S	O		S
12		C	R	O	A			R	O	S	A	

Solución del número anterior

LUCAS MORIS

INSTRUMENTOS DE MÚSICA
Compra-Venta y Cambio

GRAN TALLER DE REPARACIONES

Adelaida Muro, 6

LA CORUÑA

CÁNDIDO TRONCOSO

FÁBRICA DE ASERRAN MADERAS
Especialidad en Tablilla

Situada en la CURUXEIRA

MONDARIZ - BALNEARIO

Un gran músico gallego



VARELA SILVARI

VARELA Silvari forma con Pascual Veiga y Chané el triunvirato de grandes músicos gallegos de los siglos XIX-XX. Ellos son los que hacen conocida allende nuestras fronteras y mares esta música celta triste y amarga en el fondo. Llevan al pentágrama motivos regionales y recogen los aires populares para perfeccionarlos con su arte incomparable. Y así surgen esas alboradas de tan profunda belleza y baladas de dulce amargura viril.

En una casa de la calle que hoy luce su nombre en Marineda, nació José María Varela Silvari. Vino al mundo el 31 de Enero de 1848 y lo bautizó al siguiente día en San Nicolás el párroco de la misma, D. José Osinde al que, como dijo D. José Luis Bugallal, hay que reconocerle una mano feliz para cristianar ya que fué él también quien administró el primer Sacramento a la Pardo Bazán y al historiador D. Francisco Teltamanci.

Desde niño sintió, el que había de ser ilustre músico una fuerte llamada para dedicarse a tan bella arte, hasta el punto de que él mismo dice que escribió música cuando ignoraba todavía el solfeo. Estudió éste y armonía en La Coruña. Muy joven aún y ya excelente pianista, recorrió varias pobla-

ciones de España y luego Portugal. En la nación vecina llegó a tal su éxito que actuó en presencia de S. M. el Rey Don Luis. Quedóse algún tiempo en Lisboa perfeccionando sus conocimientos musicales y literarios y aprendió instrumentación.

Volvió de Portugal, como él dice, cargado de honores pero con pocas pesetas. Entonces se dedica a colaborar en los periódicos regionales y es nombrado director de la banda municipal de Carballo. Escribe un "Opúsculo sobre la música", para que sirva a los alumnos de la Sociedad Académica. Por aquella época comienza una ópera en tres actos y reúne materiales necesarios para un Diccionario técnico e histórico de la Música. Pero es demasiado alto el empeño, para sus escasos años, —20 entonces— y sus maestros le disuaden de este propósito.

De aquí son sus primeras composiciones originales para comparsas. Organiza un orfeón que ensaya en la antigua casa de Vila, con el que da a conocer la primera Alborada que se conoce, anterior incluso a la famosa de Veiga.

En Basilea y allá por el año 69, le premia la sinfonía para orquesta "La Ginebrina", pese a haber

sido presentada fuera de concurso y a participar en la competición grandes maestros de la época.

Une a su producción musical, una literaria musical. Funda en 1877 el "Eco Musical", semanario que dirige y mantiene dos años. En esta publicación la primera y única hasta el día que de este género ha tenido Galicia. Al mismo tiempo colabora en "La España Musical" y "El Correo de Teatros", ambos de Barcelona y en "El Globo" de Madrid. Escribe una "Galería de músicos gallegos" y empieza la "Historia de la Música en Galicia".

Dirige en Barcelona hacia el año 79, "El Coliseo barcelonés" y compone obras corales sobre temas catalanes, tales como "Anyoransa", "Sospirs", "Pe'r vestir sants". Más tarde en Madrid lleva la dirección de "La Correspondencia Musical" y "El Nuevo Figaro" y colabora en "La Enciclopedia Musical" de Barcelona. Tiene amistad con los mejores músicos de entonces: Clavé, Barbieri, Eslava, etc. Con los dos últimos y con Saldoni sostiene polémicas muy interesantes sobre tecnicismo musical. Con Barbieri, especialmente, es célebre una disputa científicamente llevada acerca de partituras, y cifras de guitarra, y órgano en la Edad Media. Esta polémica dura varios meses, y Varela Silvari es admirado y respetado por sus coetáneos entendidos.

Luego es director del "Boletín Musical" de Madrid. Dirige el Orfeón Normal madrileño y tiene por discípulos, músicos tan notables que habían de ser, como Pascual Marquina, director luego, de la Banda Militar de Ingenieros, y Ricardo Villa, director que fué de la municipal de Madrid.

La Academia Filarmonica de Basilea, le concede el título de maestro compositor; un honor semejante le otorga la de Bolonia. Es condecorado por Suiza, Italia y Portugal. La Academia Lisboense de Amantes de la Música lo nombra correspondiente y presidente honorario la Asociación de Conciertos de Música brasileña; mantenedor de los Orfeones de Suiza, etc. Los conservatorios de El Ecuador y Venezuela le ofrecen la dirección que él no acepta por su cargo de profesor del Instituto Filarmonico de Madrid.

En 1893 en un certamen literario musical celebrado en Barcelona llevó el primer premio por su trabajo, "Pasado, presente y porvenir del canto coral humorístico". Seis años más tarde, en Julio del 99 y en Turín, en las grandes fiestas salesianas celebradas allí cantóse por vez primera el himno que Silvari había compuesto para los hijos de Don Bosco.

Lisboa conmemora en 1910 el centenario del nacimiento de su historiador Alejandro Herculano. "La Marcha Triunfal" de Silvari, compuesta a este efecto es premiada por el gobierno portugués. Y al

año siguiente, en Oporto nuestro paisano preside un concurso de bandas civiles y militares. En el certamen de bandas que se celebró en Chicago, la del Regimiento de Infantería de Zaragoza interpreta la "Serenata Española" de Silvari, que luego fué ejecutada en Leipzig, La Haya, Lisboa y Barcelona.

Cuando ya su genio musical estaba reconocido como inmenso, el Ayuntamiento coruñés rinde un cariñoso homenaje á Varela Silvari, y dá su nombre a la calle donde había nacido. Dos años más tarde, a los 70 de edad del compositor las agrupaciones musicales federadas de Europa, le hacen objeto de salutación.

Fué tan prolífico, que se estiman en más del medio millar las composiciones de todas clases debidas a su genio. Compuso un himno titulado "Gloria a Galicia", otro dedicado a Méndez Núñez. Tres alboradas A festa D'o patrón, et.c; un nocturno (El a-la-lá) Barcarolas, habaneras (La Sultana, Sin Esperanza); muiñeiras: la Mindoniense, la Orensana. Para piano: Recuerdos de Galicia, A la velada. Escribió un drama musical en tres actos: "La Guarida del buitre", dos zarzuelas: "La pianista enamorada y Novios y Novias".

Logró señalados éxitos en la música religiosa y quedan suyas varias misas polifónicas; un Stabat Mater, Tantum ergo, etc.

Escribió obras de técnica musical; así un tratado de armonía traducido a varios idiomas. Obras histórico-científicas, tales: "Origen de la Música como Arte"; Apuntes para la historia musical del reino lusitano: Ensayos de crítica, preceptiva e historia musical y muchas otras.

El postrer homenaje en vida al gran maestro, y el mayor fué el celebrado el 5 de Julio de 1925 en el Palacio de la Bolsa de Madrid. Participaron todas las agrupaciones musicales europeas, asociadas en este acto en honor al insigne compositor. Días después reiteraron su homenaje en un largo telegrama. Y decía la prensa de entonces que "las corporaciones artísticas federadas de París, Londres, Turin, Venecia, Rávena, Lisboa, Coimbra, etc., han testimoniado al maestro su afecto y admiración"; y luego "es de notar la circunstancia de que siendo este genio el que más ha combatido lo extranjero por puritanismo patriótico, sea hoy el elemento musical extranjero el que más prodigue sus alabanzas al batallador maestro coruñés".

Pocos meses sobrevivió el excelente músico a este acto. El 10 de Mayo de 1926 falleció en Madrid cuando ya había cumplido los 78 años, y sus restos fueron sepultados en aquella ciudad.

Como en dicho mes se cumplió el 19 aniversario de su muerte, he querido hacer un boceto de la vida y obra del ilustre hijo de Marineda.

Hace días, cuando el Norte
con más coraje soplabá,
del brazo de su consorte
con grave y severo porte
un serio señor marchaba.

Llevaba un traje impecable,
camisa de nivea albura,
corbata azul, formidable,
gabardina inarrugable
y una bimba recia y dura.

Erguido, altivo, imponente,
metido en su hermosa ropa,
iba el dandy tan pimpante
en aquel solemne instante
caminando «viento en popa».

Mas, al ver con tanto «cuento»
al maguífico «gachó»,
que marchaba grave y lento...
una ráfaga de viento
la bimba le arrebató.

Tras ella el señor corría
con ánimo de alcanzarla,
cosa que no conseguía
por más esfuerzos que hacía
para al fin recuperarla.

Corre que te correrás
un rayo la bimba era,
volando cada vez más
se lanzaba a todo gás
sin pararse en su carrera.

Y la gente que pasaba
en aquel solemne instante
asombrada se quedaba
pues con miedo contemplaba
aquella «bimba volante».

Varias naciones americanas
poniendo en ello la mar de celo

MOSTACILLA

POR
MAND'UVAL

han prohibido ha dos semanas
que las mujeres corten su pelo.

¡Cabellos largos! Dicen a una
los que tan grave orden dictaron
y las mujeres sin pena alguna
la ley cumplieron y respetaron.

Claro que algunas con vista aguda
dicen con cara dura y severa
que una ordenanza tan «peliaguda»
viene a tomarle la cabellera.

Pero la acatan y complimentan
viendo en su fondo algo secreto
y, con misterio, hablan y cuentan
las mil razones de tal decreto.

Opinan unas que es necesario
llevar el pelo largo... y tendido.
Y otras afirman que es un calvario
hacerse un moño bien retorcido.

Esta es una orden justa y bonita,
dicen a coro otras señoras,
pues las mujeres con «melenita»
resultan siempre «explotadoras».

Mas, por sus «pelos y sus señales»
y aunque no tenga la ley retoños
es lo más cierto, caros mortales,
que este decreto viene... con moños.

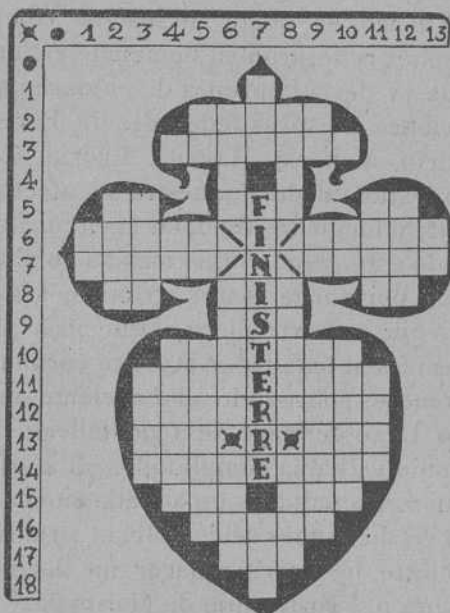
Hace días descubrióse
un negocio de primera
que explotaban unos «socios»
patentando así su «idea»
¡Buen asunto! ¡Magno truco!
Sin engorro, sin peleas,
donde todo eran ganancias
de las gordas, de las buenas.

¿Dónde estaba establecida
esa singular «empresa»?...
No era en Jauja. Estaba en Vigo
su nocturna residencia.
Y con solo un carretillo
y la noche por bandera
a la calle se lanzaban
los tres «socios» como fieras.

Donde habla alguna cuba
al carrillo iban con ella,
la cargaban, la amarraban
y salían a venderla.
Mas la «poll» sorprendida
los halló en plena faena
y con cuba y carretillo
encerrólos en la «trena».

Ahora dicen compungidos.
tristes, sí, pero con flemma:
Los negocios ¡ay! de «cuba»
se acabaron ¡oh! ¡qué pena!

Y la empresa, esto es lo cierto,
en verdad era muy buena,
pues negocio con carrillo...
marcha siempre sobre ruedas.



CRUCIGRAMA N.º 20

HORIZONTALES: 1. Consonante.—2. Municipio de La Coruña.—3. Peladillo.—4. Consonantes.—5. Acude. Antiguamente. He aquí. Artículo.—6. Semejante. Turba.—7. Piel de la cabra Amaltea. Trampas.—8. Pronombre. Fuerza, vigor. Contracción.—9. Antigua ciudad de Cilicia.—10. Consumida.—11. Natural de una villa asturiana.—12. Criadas.—13. Cerco. Gran sacerdote de Israel.—14. Que palpitan.—15. Catedral. Vocales.—16. Adjetivo, plural.—17. Vocales.—18. Punto cardinal.

VERTICALES: 1. Conozco.—2. Ciudad de Pontevedra.—3. Vaso usado por los griegos en los banquetes. Canoa de los indios mejicanos.—4. Número romano. Idem. Cicateras.—5. Percibí. Nota. Hipo.—6. Nombre femenino. Instrumento musical. Letra griega.—7. Pueblo de Lugo. Vaca.—8. Cercado de estacas. Tueste ligeramente. Nuevos.—9. Al revés, interjección. Antiguamente, otra cosa. Dimes y y...—10. Nada. Río de Marruecos. Poema nacional de la Antigua Roma.—11. Villa de Orense. Pátria de Metastasio.—12. Municipio de Lugo.—13. Moneda romana.

(La solución en el próximo número).

PLUMAS PRÓCERES GALLEGAS

EN PROSA

Por MANUEL MURGUIA

¡Qué triste primavera la de 1848! En todas las lenguas de Europa se gritaba: «¡A las armas!» Bajo los cielos de todas sus ciudades se oía el estampido del cañón y se levantaban las barricadas. Ardía de un confín al otro la guerra fratricida. El mundo viejo se hundía, a pesar de sus triunfos; la libertad triunfaba, a pesar de que sus ejércitos eran derrotados a cada momento. Para que nada faltase, un monje, abandonando las místicas soledades de Monte Casino, decía al jefe de la Iglesia:

—¡Santísimo Padre, atrevedos!

¡Ay! ¡Qué triste primavera para las madres, para las esposas, para los hijos! Las rosas que nacían se bañaban en sangre.

¿Cómo no recordarlo? Mi corazón de quince años latía más apresurado al diario y múltiple relato de los continuos combates, y oyendo con avidez los presagios que a mi alrededor se hacían, no sabía aun por quien pedir a Dios el triunfo.

¡Bien pronto lo supe! Una tarde, el rumor de todo un pueblo en movimiento me dijo que algo grave pasaba. Al nombre de ¡Carlos Alberto!, las gentes se agolpaban hacia los lugares en que el vencido de Novara debía pasar noche angustiosa. Llegué a tiempo de ver la multitud que llenaba la angosta calle, y se detenía ante las puertas cerradas a su curiosidad. La tristeza del cielo y de los corazones, la voz de las campanas, que, como siempre, tocaban a oraciones, ignorando que se albergaba bajo el cielo de mi ciudad un tan grande infortunio, consonaban con la pena que sentían cuantos amaban al monarca fugitivo.

Al otro día siguió su camino. Los soldados presentaban las armas al noble rey; la muchedumbre, silenciosa, se descubría; últimos y vanos honores en que el desterrado no se fijaba. Sepultado en el fondo de su carruaje, iba triste, indiferente, como si sintiese sobre sí todo el dolor de la patria vencida, y como quien busca un pedazo de tierra en quien depositar para siempre su cuerpo de rey y de soldado.

¡No lo olvidaré jamás! Le vi pasar entre la doble fila de la tropa, y bajo los árboles sin hoja todavía. El sol de una pálida mañana hería

apenas la tierra, y en medio de un solemne y penoso silencio avanzaba el carruaje.

Sólo una voz se oyó: un *viva Italia!*, pronunciado con el más puro acento toscano, que hizo estremecer en su asiento al héroe. Un soplo de vida iluminó su rostro, a un tiempo de estatua y de guerrero, y asomándose al cristal, saludó con una triste sonrisa al que era, como él, italiano y vencido.

Un momento después todo había pasado, quedando grabado en mi alma, con eternos rasgos, aquel rostro sombrío y aquella noble majestad caída.

Desde entonces supe ya por quien pedir a Dios el triunfo: mi corazón juvenil se alistó bajo la bandera de los vencidos.

Tres ángeles, cruzando el espacio, marchaban hacia la celeste morada. Eran tres ángeles de la guarda que acababan de dejar sepultados en tierra los tres hermosos cuerpos de otras tantas mujeres cuyas almas volaban como ellos a las alturas.

Hablaron entre sí, y dijeron:

ANGEL PRIMERO.—Confieso que temo por su salvación. Fué una gran pecadora: amó mucho y fué muy amada, porque su belleza era de aquellas que engendran las grandes pasiones. Hermosa y buena, pero ligera y sencilla, Satanás la tuvo por estos pequeños defectos, y he aquí que tiemblo por ella.

ANGEL SEGUNDO.—Severa y fría como una estatua, diríase que en el mármol de que estaba formada no había hueco alguno en que depositar y hacer que germinase el más pequeño grano de pasión. Su hermosura era como un vaso antiguo que no contiene más que cenizas. Todo en ella estaba muerto. Pasó por el mundo sin pecar, pero también sin haber amado. Confieso que más de una vez, al seguirla en su viaje terrenal, sentí que sus frios me helaban.

ANGEL TERCERO.—Ni hermosa ni fea, pero sí buena y desgraciada. Corazón compasivo, labios siempre abiertos para las palabras de consuelo, que la suerte parecía haberle negado. Amó mucho también, mas fué poco amada. Sintió todas las soledades, y de abismo en abismo, contra su voluntad, y llorando tocó

en su perdición. Yo la he visto: no daba un paso hacia la virtud que no la atase más al vicio que aborrecía. —¡Ah! Las almas de las mujeres son bien difíciles de guardar: no se pierden ellas, son todos los demás los que las arrastran a su perdición.

LOS TRES ÁNGELES. ¿A cuál de ellas hubiera perdonado el Divino Maestro si las hubiese hallado a su paso por el mundo?

Sólo está el blanco arenal, sola la mar: las olas indiferentes nacen y mueren en la playa desierta. Ni una vela blanquea en el horizonte, ni un remo corta las aguas. Todo está callado y parece reposar al beso del sol que ilumina la vasta amplitud. Desde la ventana puedo ver a mis pies el embarcadero, el pequeño jardín, el terrado solitario y el Océano en calma, que duerme su sueño de siglos en aquellas floridas riberas.

El blanco vino que nos viene de las orillas del Ulla, no tan famosas, pero sí tan poéticas como las del Rhin legendario, chispeaba en el vaso, fresco y oliendo a rosas recién cortadas. El rayo del sol que le hiere, le da el color del topacio. Sobre la gran mesa de piedra a que presta sombra el emparrado, la hija del celta deposita las grandes bandejas llenas de ostras acabadas de coger. Y entre risas y palabras leales y alegrías sólo propias de la juventud, se levantó uno, y llevando a los labios el vaso, dijo:

—¡Por nuestra Galicia; por sus nuevos destinos, por cuanto hay en ella de nuevo y de hermoso; por nuestras esperanzas; por nuestros sueños de gloria; por todos los que fueron, por los que han de ser en esta tierra de dolor; por los que llevan en su alma una esperanza, en sus labios una palabra armoniosa, en su corazón una energía, en su sangre fuego, en su frente el óleo de los ungidos!

Nunca en aquellas orillas solitarias se oyeron iguales acentos, ni hicieron votos que fueran más fielmente cumplidos, que los consagrados en el agape fraternal celebrado en honor de la patria soñada por nuestros corazones de veinte años. Mas ¡ay! en vano resonó la canción y dieron al viento los versos inmortales; lo muerto, muerto está para siempre, y lo podrido no pide cantos al poeta, sino tierra bajo la cual ocultar su podredumbre. Donde Anacreonte y Píndaro están demás, Tirteo sobra, y Sapho recita en vano su canción de dolor sobre la roca menos dura y estéril que ciertos corazones, Aristófanes debe levantar el látigo y herir unas carnes sólo sensibles al golpe que las maltrata.

Hablaban los unos de sus amores, los otros de sus negocios; mur-

muraban éstos, aquellos se ocupaban de sí propios, y de la sala se levantaba un sordo murmullo que dominaban apenas los acordes del piano. Era una noche de estío, serena, clara, apacible. Las abiertas ventanas dejaban llegar hasta nosotros, con las brisas del mar, los perfumes del jardín y las voces lejanas de la población. Las cigarras cantaban en el surco, las ranas en los charcos, y el chirrido de los carros dominaba el vago rumor que exhala la campiña en las horas apacibles en que plantas, árboles y flores elevan su himno de amor a la pálida diosa que preside los amores ocultos.

¿En qué soñabas tú cuando dabas al aire las notas tristísimas, y que parecían gemir? Yo estaba bien solo, solo con mis desencantos, fija en tí la mirada, apoyado en el respaldo del sillón, que todavía conservaba el calor y el perfume de tu cuerpo. Mi alma erraba a través de espacios vacíos, en que ni los recuerdos se solicitaban ni le sonreía esperanza alguna. Oía las notas quejumbrosas, e indiferente a cuanto me rodeaba, sólo veía tu mano errar distraída sobre el teclado, arrancándole al paso aquellas notas que iban directamente a mi corazón.

Únicos tú y yo, únicos los dos a sentir y a embriagarnos en las tristes y soñadoras melodías a cuyo dulce rumor me cubrió la tristeza y en tus azules pupilas brilló una lágrima. Y levantándote, cuando todavía resonaba en el piano la última nota, pasaste a mi lado y dijiste:

—¡Ah! ¡Bien en paz nos dejan!

—En paz no, repuse; hay muchas almas crueles que no apartan de nosotros ni el pensamiento ni la vista.

—¿Qué me importa?, murmuraste mientras ibas a ocultarte tras de las grandes cortinas que caían delante del balcón.

Te seguí sin saber por qué. La luna arrojaba su luz sobre la llanura, de la cual parecía escaparse una blanca claridad que todo lo inundaba. Tú, apoyada en la baranda hasta la cual trepaban rosales y enredaderas, destacabas sobre el azul del cielo la elegante silueta. Todo era paz y tranquilidad; sólo nuestros corazones latían aprisa, mientras tu mano se dejaba estrechar por la mía.

Como a la ola del mar sucede la ola hermana, y al latido de un corazón el del que es su eterno prisionero, así a la nota siguió otra, y a la interrumpida melodía la romanza que tantos recuerdos tenía para nosotros. La voz dulce y argentina llenó poderosa los vientos y el espacio, resonando en la vasta soledad con doble fuerza y doblados encantos.

Entonces fué cuando recitastes los versos que sobre la música y tu poeta había escrito, sin duda para ocasiones como aquella y para almas como las nuestras.

* * *

Al pié de la fuente en que crecen las rosas blancas, al rumor del agua que cae sobre la vasta pila de mármol, yo repetía los versos afortunados. Y como el poeta exclamaste:

«No escojamos para beber los lugares en que la juventud viene a buscar la agradable sombra. Vale más mi jardín con sus viejas flores: parece formado para tus gustos, tus tristezas sin fin y tus años. Allí nos alegraremos con nuestras lágrimas, allí beberemos, silenciosamente más de una copa de buen vino; y teniendo por huéspedes las sombras de los afortunados días de nuestra ju-

ventud, brindaremos por los labios ya marchitos.»

Y el viento de la mar, que traía hasta nosotros el acre olor de las olas, pasaba llevando a lejanas orillas nuestras palabras y juramentos.

En el país de las verdes colinas y de los mares que parecen lagos en calma, los corazones aman pronto y bien. Las tibias mañanas están llenas de promesas: el ocaso nos devuelve todas nuestras dichas, iluminadas por sus rayos ardientes. Estrellas solitarias, o bien astros que siguen, entre las demás constelaciones, el camino trazado por el Eterno, así son en aquellos lugares las hermosas mujeres, cuyos encantos no concluyen sino con la vida. Son como fuente de agua viva, y en su corazón de virgen desborda el sentimiento. Son como el roble que nace en nuestros campos, y de todas las flaquezas de su sexo sólo conocen el sacrificio y el perdón.

Yo no te dejaré, tierra eternamente amada por mi alma. Dame, el día que muera, tu asilo de paz—único que no podrán turbar los rencores de los hombres—al pié del mar, entre las rocas heridas por el rayo, cerca de la alta torre que vió desembarcar a César y sus legiones.

Allí quiero reposar en el silencio y el olvido eterno. Sólo os pido ¡oh amigos míos! que sobre mi tumba colguéis mi lira estéril, para que cuando en las profundidades del Océano ruja la tempestad y se desaten los vientos que las traen en sus alas, tiemblen a su paso las cuerdas de acero y den el gemido inmortal que yo no supe arrancar nunca de ellas, ni aún en aquellos dolorosos momentos en que las tempestades de mi alma me conmovían y anodaban.

CAMISERIA A MEDIDA

Soto y Fernández

Príncipe, 29 - VIGO

Drogas y Suministros S. A.

SUMINISTROS NAVALES E INDUSTRIALES

PINTURAS "LA VICTORIA"

ESPECIALIDAD EN MARINAS

•

Alfonso XIII, 12 - Sucursal de VIGO

LA PERFECTA NOVIA

Crónica de ALCEO

El malogrado y exquisito cronista Pepe Sánchez-Rojas, que fué sin duda el último bohemio del periodismo español, dió a la luz un libro delicioso para la juventud enamorada, al que tituló «Manual de la Perfecta Novia».

En sus escasas pero delicadas y primorosas páginas, fluye el amor que él supo sentir por la novia ideal—tierna, apacible, serena, cariñosa y de franca y cordial alegría—que él no conoció jamás; porque Sánchez-Rojas no tuvo nunca novia, y murió, el pobre, «por casar», como la princesa Mafalda, que yace en un sepulcro de la bizantina Catedral Vieja de Salamanca.

Era Sánchez-Rojas un rendido enamorado de la perfecta novia que él creó, y toda su azarosa vida, llena de inquietudes espirituales y de penurias materiales, hijas de su endiablada desadministración, la pasó buscando, entre las hijas de Eva, la mujer ideal que su alma de poeta concibiera.

Después de uno de esos eclipses tan frecuentes en él, durante los cuales desaparecía del mundo literario como si se lo hubiera tragado la tierra, apareció una mañana azul y oro del dulce mes septembrino, ya terminada la tornería de San Mateo, y cuando la ciudad había recobrado su vida apacible.

Muy de mañana, y apenas el añorado café «Novelty» había abierto sus puertas, tomó asiento en la *Sentina*—como llamaban a cierta tertulia con pujos de Ateneo—en la que ya consumíamos nuestro café matinal el profesor Sáez, el arquitecto Madrigal, el abogado Portearroyo, y este cronista.

Poco después fueron tomando asiento en el turno de Luis, Julio y Emilio Salcedo, Adolfo Núñez—tan queridos y tan llorados—Pepe Gómez, Seirullo, Cortés; el sutil cronista Aguirre, mi amigo fraternal...

¡Cuántos de ellos han dejado ya, para siempre—¡para siempre!—la peña acogedora y simpática del viejo café, hoy remozado pero triste!



José Sánchez-Rojas

Sánchez-Rojas venía, como siempre, cargado de revistas y diarios.

Nos saludamos con la efusión de dos entrañables amigos, y después de agotar los temas políticos en los que ponía siempre su granito de mostaza, pasamos al inagotable y eterno del amor.

Había tenido Sánchez-Rojas la gentileza de dedicarme un ejemplar de su primoroso «Manual de la Perfecta Novia», que había leído y releído yo con verdadera fruición, y elogió al autor su libro, como merecía.

—Lo importante, amigo Pepe—le dije—es que ahora encuentres una novia como esa que tú has soñado.

—Ya la tengo—me contestó con cierto aire de orgullo.

Aquella tarde salimos a dar un paseo, y pian pianito, —*chi va piano va lontano*— nos llegamos hasta

Los Pizarrales: barrio de anárquica traza construido sobre una colina desde la que se otea, a las mil maravillas, el «alto soto de torres» de la monumental Salamanca.

Con los vapores del buen Villamayor—un vinillo rubí—que remojó nuestros gargueros y nos hizo expansivos, reanudamos el tema comenzado, y *sotto voce*, como en secreto de confesión, me dijo cuando le hice ver mi sorpresa por el hallazgo de la perfecta novia.

—¿Conoces a...?

—De vista nada más—le contesté.

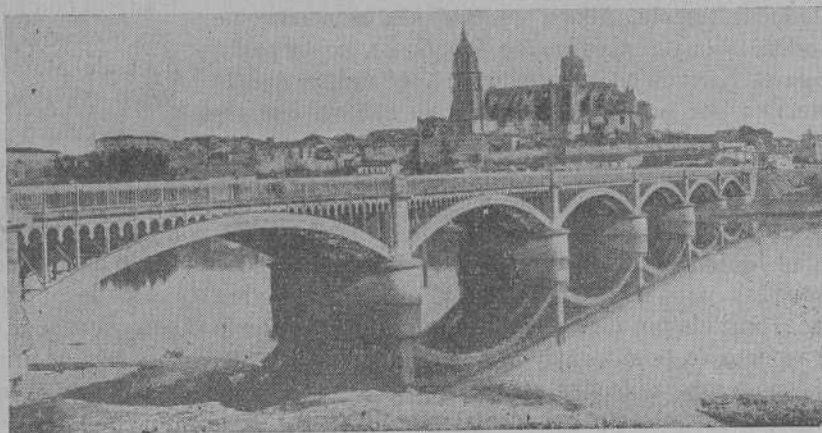
—Pues ésa—me dijo—es la que ha inspirado mi libro. ¡Y es mi novia!

Debí poner tal gesto de asombro y quizá de duda, que me aclaró:

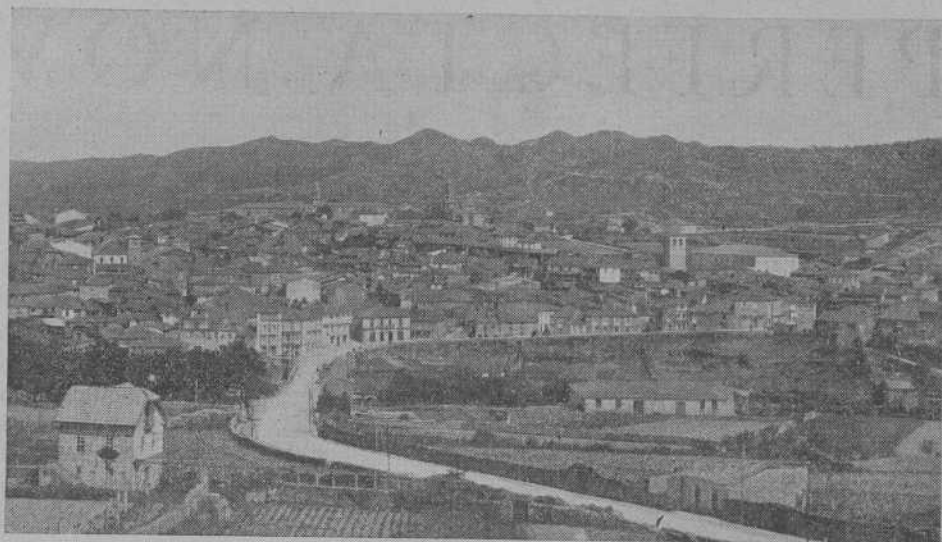
—Es mi novia; pero ella aún no lo sabe.

El pobre Sánchez-Rojas, que jamás tuvo prisa ni consultó un reloj; que nunca acudió puntual a una cita, porque su tiempo tenía un ritmo distinto al de los demás mortales, una tarde, gris y llorona, del día de San Silvestre, fué puntual a la de la Muerte.

Y en la inhóspita y fría habitación de un hotel, entregó su alma a Dios, soñando aún, seguramente, con la perfecta novia que ignoraba serlo del gran cronista salmantino José Sánchez-Rojas.



Vista general de Salamanca.



Vista general de Allariz. Al fondo se yerguen los restos de su famoso Castillo.

VILLAS
GALLEGAS

ALLARIZ

NADA sabemos sobre el origen y fundación de esta antigua Villa; faltos enteramente de datos para resolver problema tan oscuro, inútil es que nos afanemos en aclararlo.

Solo sabemos con toda certeza que en la Edad Media desempeñó papel muy importante en los acontecimientos y guerras de aquel tiempo. La memoria de su famoso castillo y murallas, de las que aun quedan algunos restos, demuestran claramente que debió de haber figurado mucho en tiempos tan belicosos, sobre todo en los que precedieron a la independencia de Portugal.

El esforzado alcaide de Allariz D. Fernando Joanes, uvo por mucho tiempo a raya las invasiones por Galicia de D.^a Teresa de Portugal y de su hijo Alfonso Enriquez; y este mismo alcaide fué uno de los principales caudillos que al mando de las tropas gallegas decidieron la victoria en la toma de Almería. Por algo Alfonso VII llamó a Allariz, en documento público «Caput totius Gallecie» cabeza de toda Galicia.

Indudablemente, Allariz es una villa esencialmente histórica, la cual, exceptuando Ribadavia, no hay otra que se le parezca en la provincia; y el turista que la contempla por primera vez, siente en el alma que las construcciones modernas que la van invadiendo desdibujan el carácter medieval de este pueblo, haciéndole perder su añeja fisonomía.

Aun predomina su sabor vetusto en el estilo y antigüedad de sus templos, en algunas de sus viviendas blasonadas y balcones volados, y en su estructura urbana, cruzada por dieciseis calles y tres plazas que le dan aspecto de pueblo mayor y la diferencia de otras villas modernas alineadas a lo largo de una carretera.

Mirada desde lo alto del cerro donde tuvo su asiento el castillo, se goza de una de esas vistas maravillosas que se dan en pocas poblaciones de la provincia, con

la villa recostada al pie del promontorio, erizada de seis torres pertenecientes a otros tantos templos y rodeada por el Norte del silencioso Arnoya, que surge de las faldas de San Mamed y corre mansamente hasta desembocar en el caudaloso Miño.

Pocos panoramas pueden compararse en gracia y belleza al que se contempla desde el sitio en que se alzó, arrogante e invencible, el castillo: fortaleza que no pudieron quebrantar los furiosos esfuerzos de los hermandinos del siglo XV.

Este castillo existía ya en los primeros años del siglo XII, perteneciendo algún tiempo al Obispo de Orense, por donación del Rey Alfonso VII, el mismo que dió el fuero a los vecinos de Allariz; en 1137, fué tomado por Alfonso Enriquez, primer rey portugués; pero tres años después lo recobró el mencionado alcaide de Allariz, Fernando Joanes. En él se hospedaron varias veces muchos reyes de León y Castilla. A fines del siglo XV, estaba en poder del Conde de Benavente que supo defenderlo con sus gentes contra los ya citados hermandinos, y en el siglo XVI, aparece bajo el señorío del Marqués de Malpica, que nombraba, según dice el señor Risco, corregidor de la villa, cinco regidores, seis escribanos, cuatro procuradores, alguacil mayor, tasador de costas y alcaides del Castillo.

Según la traza de este castillo, que aun recordaban algunos ancianos del siglo pasado, aquél se componía de un palacio, digna morada de reyes, de su correspondiente torre del homenaje como todos los castillos de entonces, y de foso, contra foso y barbacana. Era una fortaleza de primer orden que supieron respetar las generaciones pasadas; pero, en alguna época revolucionaria, alguno de sus hombres, considerándola como recuerdo del feudalismo y de la tiranía, lo deshicieron para embaldosar con su piedra las calles de la villa.

Gentes que se complacen en acabar con todos los monumentos de nuestra historia.

No llegó su ignorancia e impiedad hasta el extremo de derribar o incendiar nuestros templos que subsisten en buen estado. Son seis los que se conservan; número que parecerá excesivo para un pueblo de unos dos mil habitantes; pero que, afortunadamente, no huelgan, porque Allariz conserva su tradicional carácter levítico, sin perjuicio de ser uno de los más industriales de nuestro país, pues además de sus veintinueve fábricas de curtidos en la villa y aldeas inmediatas y numerosos talleres de calzado, Allariz tiene fama en la elaboración de dulce, siendo su destacada especialidad las almen-dras de picos, que intentaron imitar en varias partes y aun fuera de Galicia, sin resultado alguno. Hasta se llevó agua de Allariz, sospechando que acaso en este elemento consistiese el secreto; pero ni aun así; el secreto continúa inédito o lo llevaron consigo al sepulcro las monjas clarisas del siglo XIII, que fueron las maestras que enseñaron a las mujeres de Allariz a confeccionarlas.

Volviendo a las Iglesias, es la de Santiago la más importante, románica de transición, de una sola nave, muy espaciosa y con dos capillas adosadas al lado del Evangelio; dos portadas artísticas, y el ábside de mucho mérito, algo desfigurado por un segundo cuerpo añadido.

La nave de la de San Esteban es del siglo XI, y el presbiterio y la capilla de la Inmaculada del siglo XVI; y del siglo XII es la Iglesia de San Pedro, hoy de los Salesianos, consagrada en 1170 por Adán, Obispo de Orense, acompañado de otros cuatro que iban de paso a un concilio que se celebraba en Braga. Esta Iglesia, sólo conserva de su primera fábrica la torre. También es románica la Iglesia de Vilanova, que perteneció a la Orden de San Juan de Jerusalem, cuya cruz se ostenta en el arco de la fachada.

Muy cerca de esta Iglesia cruza el Arnoya un puente muy antiguo de dos arcos, que fué reconstruido en 1765, siendo corregidor D. Benito González Oxea. El otro puente se halla algunos metros más abajo sobre el mismo río; pertenece a la carretera de Villacastín a Vigo. Esta carretera sube contorneando el pueblo por el Sur en una de cuyas aceras está el Colegio Salesiano de reciente construcción y sin concluir. Con ella empalma la de Junquera que atraviesa el campo da Barreira, donde se levanta la Iglesia de Santo Benito y el Convento de Santa Clara. La actual capilla de San Benito, de orden toscano, ocupa el mismo sitio que antes ocupaba otra del mismo santo, que se cree databa del primer siglo subsiguiente a la canonización del glorioso San Benito, y era el templo más antiguo de la villa. Si una mal entendida devoción y la ignorancia no la hubiesen destruido para fundar la nueva, que bien pudo construir en otro sitio, tal vez tendría Allariz un monumento arqueológico como el de Santa Comba de Bande. De todas maneras el santo debió agradecer y efectivamente agradece la buena intención de los alaricanos que le profesan una devoción sincera y entrañable y quisieron compartiese con la Virgen de Vilanova el protectorado de la villa.

La fiesta de San Benito, el 11 de Julio, es la fiesta clásica de Allariz, desde tiempo inmemorial, y tal el entusiasmo y el rumbo con que se celebra que alguna vez amenizáronla las Bandas de música de Ingenieros de Madrid y la de Artillería de Segovia. Aquel día salen en la procesión las danzas gremiales de *palitos* y *entranzados*, acompañadas de gaita que toca un aire de muiñeira. Además dice el Sr. Risco en la «Geografía del Reino de Galicia», «en las andas del santo figuran cuatro niños de los más hermosos, vestidos de ángeles y vistosamente adornados y otros dos, en el carro triunfante, conducen el báculo y la mitra del Santo Abad. Otra de las atracciones tradicionales de las fiestas de San Benito, es el combate naval con fuegos de artificio que se representa por la noche en el río. Estas fiestas son las más renombradas y concurridas de nuestra región.

Ante el atrio de San Benito hay un hermoso paseo sombreado por copudos árboles y con asientos de piedra labrada, aunque no tan extenso y ameno como el que hay a orillas del Arnoya, el cual es una de las mejores alamedas de la provincia.

En el campo da Barreira se levanta el Convento de Santa Clara, edificio de grandes dimensiones fundado en 1287 por la reina Doña Violante, fallecida en Roncesvalles en 1300, después de haber residido algún tiempo en el mismo convento que ella fundara. De la primitiva fábrica de este edificio enorme, sólo queda la fachada Norte o parte de ella.

La Comunidad posee algunos objetos de gran valor artístico que se dice fueron regalados por su fundadora, como la cruz de cristal y una Virgen Abridora de marfil, las cuales llamaron mucho la atención en varias exposiciones. De la materia y estilo de esta Virgen, dice el Sr. Ballesteros, que solo hay otras dos en España.

La villa de Allariz, por lo que llevamos dicho y por muchas, que en gracia de la brevedad omitimos, tiene grandes atractivos y un valor positivo para el turista y el veraneante. Distante a veinte kilómetros de la capital, con servicio de automóviles de línea y particulares, mañana y tarde; con comunicaciones postal, telegráfica y telefónica, goza de un clima suave y templado, con una media anual de diez grados a veinte grados sobre cero, y una presión barométrica de 760 milímetros. En ella no se conocen enfermedades endémicas, ni epidémicas, siendo muy frecuentes edades centenarias.

El agua de sus fuentes es fresca, límpida y sin sabor determinado, no hallándose alterada por contener materias extrañas.

Diremos por último que a los aficionados a la cinegética y a la caña ofrecen abundancia de caza los montes y bosques inmediatos y el río sabrosas truchas que compiten con las del Teza. Además Allariz es punto céntrico para algunas excursiones artísticas. En automóvil y en pocos minutos, pueden visitarse el afamado Santuario de los Milagros, el Palacio de los Condes de Maceda, la Capilla de Santa Eufemia de Ambia, la hermosa Colegiata de Junquera, las dos portadas de estilo mozárabe de la Iglesia de San Martín de Pazó y el grandioso Monasterio de Celanova.

V. T.

CAZA DE GAZAPOS

En el semanario de Madrid «Así es», «Alfabeto universal de la vida y de la cultura», del día 2 de Mayo de 1945, se inserta una información sobre el Duque de Braganza, pretendiente a la corona portuguesa.

Y dice:

«Es preciso que demos previamente algunos datos biográficos. El príncipe Duarte Nuño, Duque de Braganza, nació el 23 de Septiembre de 1907, en el castillo de Seebenstein.»

Nada tenemos que oponer a este párrafo. Pero es que, líneas después, se añade:

«Un aspecto que demuestra al mismo tiempo su valor y su cariño por el país natal es que quiso visitar Portugal, arriesgándose a ser reconocido.»

Seebenstein pertenece a Austria y no a Portugal. Únicamente que en «Así es» entiendan otra cosa por «país natal».

Hubo un tiempo en que las novelas por entregas hicieron las delicias del lector sencillito y sentimental. Y hoy facilita la adquisición de determinados artículos a las gentes modestas, cuyos sueldos no les permiten hacer grandes dispendios, el sistema de la venta a plazos. Pero jamás nadie pudo sospechar siquiera, que tal procedimiento pudiera llegar a adaptarse y adoptarse en otras circunstancias.

Para los fusilamientos, por ejemplo. ¿Qué no lo creen ustedes? Lean, entonces, la noticia «Una mujer condenada a muerte por «colaboracionista», publicada en el «Faro de Vigo» del día 19 de

Abril de 1945, y que, textualmente, dice:

«Bruselas, 18. — Mañana y pasado será fusilada en Louvain, la primera mujer condenada a muerte por colaboracionismo.»

[Vivir para ver! [Ver para creer!

En el citado «Faro de Vigo» del día 23 de Marzo último, se lamenta el activo cronista de «Temas locales» del abandono en que se hallan las diversas estatuas que se alzan en varios puntos de la gran urbe, haciendo hablar y suspirar, como en el «Tenorio», a las propias estatuas.

Y, como resumen del soliloquio de los personajes perpetuados en bronce y en piedra, termina de esta manera:

«Realmente, fijándose un poquito, a la luz del día, se verá en las mencionadas estatuas, una suciedad broncínea que nada tiene que ver con el tono veletudinario que los artistas del cincel se empeñan en imitar.»

Suponemos que habrá escrito valetudinario y el linotipista le jugó la mala partida de hacerle inventar un vocablo. Pero, realmente también, no sabemos que será mejor... Porque colgarle a los artistas del cincel el sambenito de que se empeñan en imitar un tono enfermizo en las estatuas...

En el libro titulado «Cleopatra» de la Editorial Juventud de Barcelona, del que es autor Oscar Von Wertheimer, traducida por M. Rodríguez Rubí, en su primera parte, capítulo primero, titulado «La capital de Cleopatra», página 18, se habla de las piadosas costumbres de las civilizaciones

antiguas sobre el embalsamamiento y entierro de los cadáveres.

Leemos:

«En Alejandría hizo escasos progresos ese arte, lo que se explica perfectamente por el largo dominio que en ella tuvieron los elementos griegos.»

Pero, varias líneas más abajo, se añade:

«En el embalsamamiento de las personas pudientes se emplea el sodio, el asfalto y toda clase de bálsamos, hierbas y materias adherentes.»

Según esto, creemos contra la opinión de Von Wertheimer, que en Alejandría se había progresado prodigiosamente en materia de embalsamamientos; porque todo el mundo sabe que el sodio fué descubierto en 1807 por Humphry Davy al descomponer, por medio de la pila, el hidrato de sodio.

En el diario madrileño «Arriba», del 23 de Abril de 1945, en la página 3 y bajo el título «Los franceses entran en varias regiones del noroeste de Italia»; leemos:

«La entrada de tropas francesas en varias regiones del noroeste de Italia suscita cierta ansiedad en los círculos políticos romanos.»

Y termina diciendo:

«La región de los pasos de San Bernardo y del valle de Aosta, aun cuando albergan muchos habitantes de habla francesa, pertenecen a la Corona francesa desde hace muchísimos siglos.»

No hallamos motivo que justifique esa «cierta ansiedad» por parte de los círculos políticos romanos. Si el territorio italiano citado pertenece, desde hace muchísimos siglos, a la corona francesa (?), ¿qué de particular tiene que entren en él tropas francesas?

El premio de este número corresponde a E. C., de Vigo.

Curiosidades sobre los APELLIDOS

Recopiladas por ALFREDO SOUTO FEIJÓO

58.—¿Se apellida V. BERMUDEZ? ¿Hay otros similares? Lea:

En los actuales lindes de las provincias de Pontevedra y La Coruña, cabe el camino real entre ambas capitales, existe el lugar radicante del solar fundacional de este apellido, erigido por Trojas BERMUIZ o BERMUDEZ, descendiente de Bernardo Pérez de Trava, siendo éste marido de la infanta Doña Teresa Enriquez de Portugal, hermana del rey D. Alonso Enríquez, monarca de la vecina nación. Dicho Trojas BERMUDEZ entroncó con los descendientes del conde Suero BERMUDEZ, señor de la Torre de BERMUY (otros llevaron este apellido), enclavada en el lugar de Moutas-Ordenes (La Coruña), el cual conde floreció en tiempos del rey Alonso VI de Castilla y se halló en la conquista de Andalucía. Se supone actualmente que los BERMUY siguen la rama del conde Don Suero, y los BERMUDEZ la de Trojas. Viniendo a éste, pues, Trojas fué el jefe del levantamiento para intentar ganar el reino a Don Alonso de León.—Descendientes, fueron: Pedro BERMUDEZ de Castro, conde de Lemos. Francisco de Vega BERMUDEZ, caballero Trece de la Orden de Santiago. Francisco BERMUDEZ de Castro, señor del Valle de Ugena, castellano del castillo de San Antón de La Coruña. Andrés BERMUDEZ de Castro, señor de la fortaleza de Penela y sus jurisdicciones. Pedro BERMUDEZ Santirso, general de la escuadra de Galicia. Bartolomé BERMUDEZ, conquistador de Guatemala.

ARMAS.—Escudo jaquelado de plata y gules.

59.—¿Se apellida V. ESPASANDIN? ¿Desea saber algo acerca de su apellido? Lea:

En el antiguo reino de Galicia radica el lugar de ESPASANDIN, cuyo nombre adoptó como apellido fundacional Juan López de ESPASANDIN, que se halló en las luchas del arzobispo Gelmírez. Otros ESPASANDIN adquirieron lauros y prebendas al lado de los monarcas gallegos.

ARMAS.—Las tenidas como co-

rrespondientes a este apellido: En campo de gules, dos espadas de plata, con la empuñadura de oro y la punta hacia abajo.

60.—¿Se apellida V. NOLASCO? ¿Desea saber alguna particularidad acerca de este apellido? Lea:

NOLASCO es de origen italiano. Se sabe que un caballero, Orlando NOLASCO, vino a España con su familia en peregrinación a Santiago de Compostela, quedándose aquí algunos de los venidos y fundado solar en nuestra patria, de los que provienen los NOLASCO españoles.

ARMAS.—Las traídas y seguidas por los de aquí: Escudo de oro liso, cuartelado por cruz fina de plata. Bordura de gules.

61.—¿Se apellida V. PEREZ? ¿Debe sentirse orgulloso por llevar tal apellido? Lea:

El patronímico PEREZ deriva del nombre propio PEDRO o PERO. Allá por el año 718, en que empezó la liberación de España por los valerosos cántabros y montañeses de los Pirineos, ya se tenían por infanzones a algunos ascendientes de la familia PEREZ, la cual reconoce por uno de sus más ilustres antecesores al conde Don PERO, señor de muchas villas y estados en Castilla y Andalucía. Entre los varios, se tiene por más antiguo como solar de los PEREZ el de Brieva en el valle de Trasmiera. De la interminable lista de muchos hombres ilustres de este apellido, citaré: Guillermo PEREZ, rico-hombre que se halló en la batalla de Aguas-Maias. Nuño PEREZ, señor del valle del Riero, en las montañas de León, donde defendió la entrada de los moros, cuando Almanzor pasó talando aquellos pueblos en persecución del rey Alonso VII. Fernán PEREZ, rico-hombre de Don Fernando II de León, el cual

contribuyó poderosamente a las conquistas de Ciudad Rodrigo, Ledesma, Toro, Benavente, Mansilla y otras, y fué Gobernador de las Armas de dicho monarca.—Hernán PEREZ del Pulgar, caballero del «Ave María», capitán célebre de las tropas de los Reyes Católicos.

Muchas ramas de los PEREZ se establecieron por la península, y obtuvieron sus sucesores gran lustre y esplendor, altos cargos, honores y preeminencias.

ARMAS.—De plata, y un peral de su color con peras de oro.

62.—¿Se apellida V. PULLEIRO? ¿Desea saber algo de su apellido? Lea:

En la provincia de Pontevedra, cercano a Redondela, radica la casa solariega de los PULLEIRO, de donde tomó nombre el lugar, por haber afincado allí Juan Sánchez «el pulleiro», valeroso soldado de los primitivos tiempos, cuando Galicia luchaba contra la invasión de la raza mora, que al final se hizo dueña de la región, tras luengos años de batallar, y a quien el rey cristiano le hizo honor de que figurara con el segundo apellido de PULLEIRO, tomado de que él luchaba, seguido de un puñado de secuaces con aguijones, denominados «pulleiros» en lengua vernácula.—Entre sus descendientes se cuentan a Sancho PULLEIRO y Martín PULLEIRO, que ganaron tierras y lugares para las armas cristianas.

ARMAS.—Se tienen por las más veraces a: Escudo de plata con cuatro aspas de gules.

63.—¿Se apellida V. RIAL? ¿Desea saber algo de su apellido? Lea:

Lo más tenido-por veraz, sin que se haya logrado saber el origen de la palabra RIAL, es que en las campañas de los Reyes Católicos, allá por el año de 1489, se estableció un campamento denominado Campo RIAL, tomando uno de los caballeros esta palabra RIAL para añadírsela a su apellido, nombrándose DEL RIAL o DE RIAL.

ARMAS.—Adoptó la de un castillo y un león, en escudo partido con fondo de plata, siendo de oro aquéllos.

Contestações a las consultas de los lectores siguientes:

D. Crisanto Rial Espasandín, de Meaño (Pontevedra).

D. A. Nolasco, de Orense.

D. E. Pérez, de Vigo.

D. Raimundo S. Pulleiro, de Pontevedra.

El Marruecos ignorado

(Viene de la página 12)

plán y técnica para las nuevas escuelas hispano-israelitas, haciendo una marcada determinación de que en los centros rurales se dé con carácter preeminente una serie de asignaturas de técnica agrícola y las prácticas correspondientes.

Los estudios del grado superior pasan a cursarlos en los Institutos de Melilla y en el de Enseñanza Superior Hispano-Marroquí de Ceuta, en donde se forman toda serie de abogados, médicos, farmacéuticos y escritores que siendo musulmanes o israelitas forman hoy un cuerpo cultural de avanzada en nuestra acción protectora, al mismo tiempo que son ya numerosos los que merced a esta labor instructiva colaboran hoy con nuestras autoridades en puestos de mando y responsabilidad en la Organización y en la Adminis-

tración Pública del Protectorado.

Para encariñar al indígena con la agricultura y con los nuevos y más modernos procedimientos de la técnica, se han creado una serie de Escuelas Agrícolas, que por medio de grupos de experimentación, como los de Melilla, Larache y Villa Sanjurjo, con granjas anejas, ilustran prácticamente al indígena en toda materia de cultivos y lo introducen en la nueva práctica agrícola moderna, haciéndole olvidar todo cuanto la costumbre les había impuesto como práctica ancestral.

La enseñanza que España ha implantado en Marruecos abarca además la formación artística e industrial a través de sus Escuelas de Artes y Oficios con que las de Enseñanza Profesional constituyen la que pudiéramos titular Oficial.

La enseñanza particular tiene y ha tenido un amplio campo de ejercicio en Marruecos, ya que

podemos decir que era la única formal y organizada hasta que el gobierno de Magzhen se preocupó de ella, mereciendo el más caluroso aplauso y felicitación la labor realizada por los RR. PP. Franciscanos a los que ya antes de nuestra dominación les permitían los Sultanes la "enseñanza de cautivos e infieles" y que a través de sus escuelas fueron formando todo un pueblo en el ansia de superación y en la fe por que su cultura fuera tan alta como la de los pueblos que los dominaban.

De esta forma cumple España con el Convenio franco-marroquí de 30 de Marzo de 1912 que en su artículo 1.º establece "que se ha de instituir en Marruecos un nuevo régimen que aporte reformas administrativas, judiciales, escolares, económicas, financieras y militares, que se juzguen útiles en el territorio marroquí."

Pontevedra, Abril 1945.

Para resolver cualquier asunto
en MADRID dirigirse a

C. I. C. A.

GESTORÍA ADMINISTRATIVA

Carrera de San Jerónimo, 5 - MADRID

Corresponsalías
en todas las capitales de España

TALLERES

Eduardo Dios Blanco

(MARCA REGISTRADA)

Clasificado productor nacional por el M. de I. y C.

Menaje de Cocina estañado
Instalaciones de Calefacción de todos los sistemas
Secaderos industriales y Saneamiento
Puertas de ballesta

Joaquín Costa, 3 - Teléfono 390
P O N T E V E D R A

EXPORTACION DE MARISCOS
VIVEROS DE ALMEJAS

JOSÉ PEÑA

**FÁBRICA DE CONSERVAS
DE MARISCOS Y PESCADOS**

Teléfono 9

CAMBADOS

SEÑORA:

el producto que acabará con
sus angustias y apuros, es

PEDRAMOL

TODO LO LIMPIA Y BRILLA

TALLERES MECÁNICOS Y DE FUNDICIÓN

LUIS IGLESIAS

CONSTRUCCIÓN DE BARCOS DE PESCA

MAQUINAS, MOTORES MARINOS Y MAQUINARIA EN GENERAL

Instalación completa de alumbrado eléctrico en embarcaciones pesqueras



Telegramas: **LUIGLEFER** - Teléfono 2086

SAN FRANCISCO - RIBERA - VIGO

ACEITES DE OLIVA - ACEITUNAS
HARINAS - JABONES - PERFUMERÍA
MADERAS - VINOS FINOS DE
MORILES - COÑACS - VERMOUT

Carbonell y Cía. de Córdoba, S. A.

Casa Central en CÓRDOBA

CAPITAL SOCIAL: 50.000.000 DE PESETAS

SUCURSAL DE
VILLAGARCIA de AROSA (Pontevedra)

Teléfono 154 - Apartado 51

OFICINAS: Rosalía de Castro s/n

ALMACENES:

Muelles de Ferrazo

Barrio de la Prosperidad

Muelle de Puñtecesures

SUCURSALES en: Aguilar de la Frontera,
Castro del Río, Granada, Jaén, Madrid,
Melilla, Montoro, Sevilla.

ASERRADEROS

Puente Beluso - Boiro (La Coruña)

FÁBRICA DE LICORES **PANIAGUA**
CARBALLINO

(ORENSE)

Señora:

Estampados

lanas y fantasías



PARA PRIMAVERA Y VERANO

Presentamos exquisitas «fantasías» en su fascinadora colección de estampados con dibujos y colores de gran moda. También ofrecemos nuevas colecciones de finísimas lanas, angorinas para trajes y abrigos «sport», dubetinas, tricos, lanas, diagonales y una gran variedad de artículos del mayor surtido para el hogar.

ESTAMOS A SUS ORDENES

para mostrarle, sin compromiso alguno, nuestras colecciones

Elmracenes

EL PRINCIPE

PRINCIPE, 52

VIGO